

NARCISO ALONSO CORTÉS

ESPRONCEDA

ILUSTRACIONES BIOGRÁFICAS Y CRÍTICAS

(EN SU CENTENARIO)



MIGUEL MIRANDA

LOPE DE VEGA, 19

28014 - MADRID

TELF. 914 294 576

D60
△

ESPRONCEDA

T. 172481.

C. 1223817

NARCISO ALONSO CORTES

ESPRONCEDA

ILUSTRACIONES BIOGRAFICAS Y CRITICAS

(EN SU CENTENARIO)

Narciso Alonso Cortés

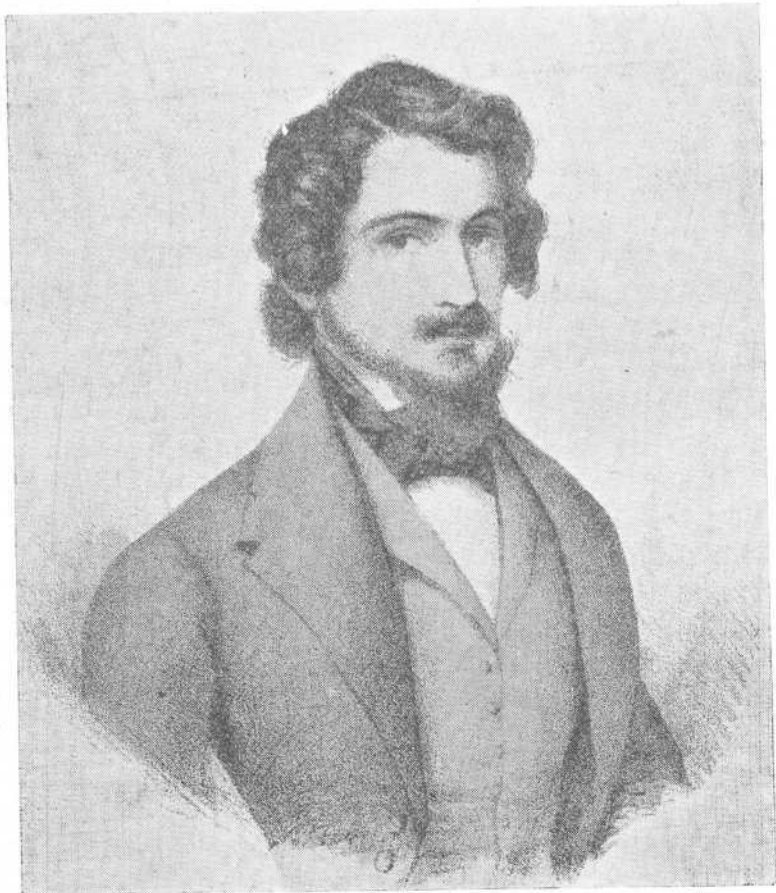
*

IMPRENTA CASTELLANA -:- MONTERO CALVO, 17 -:- VALLADOLID



R.139501

*Forman las siguientes páginas unas cuantas notas sueltas, pero necesarias, para el cabal conocimiento de Espronceda. Sobre la persona y escritos del autor de **A Jarifa** circulan errores que es preciso desvanecer. Como al cumplirse el centenario de la muerte del poeta, tal vez aquellas especies habrían de salir nuevamente a plaza, conviene evitarlo dando a conocer con alguna anticipación las observaciones que a continuación pueden leerse.*



D. José de Espronceda

I

EL autor de *El Diablo Mundo* falleció en la villa y corte de Madrid, calle de la Greda, número 19, cuarto segundo, el día 23 de mayo de 1842. El triste suceso causó general sorpresa. En la sesión del Congreso del día 16, Espronceda, diputado por Almería, había intervenido en la discusión de la ley de quintas, y unos días antes había pronunciado un largo discurso sobre organización de la diplomacia española, en el cual, por cierto, hizo una simpática defensa de Washington Irving, aludido por un diputado. En la sesión del 17 estuvo todavía presente.

La enfermedad que tan rápidamente llevó al sepulcro a Espronceda, fué el garrotillo. Parece que el doctor Hisern, amigo del poeta, trató de hacerle la operación de la traqueotomía, nueva en España; pero los médicos que le asistían no se decidieron a emplear este recurso. Junto al lecho del poeta estuvieron durante su enfermedad, entre otros, el conde de las Navas, Moreno López, Gil y Carrasco, Salas y Quiroga, Julián Romea, Ros de Olano, García

Villalta y otros compañeros en Apolo. También le asistió su tío don Juan Bonel y Orbe, obispo de Córdoba, electo Patriarca de las Indias. Su fraternal amigo Miguel de los Santos Alvarez, que con él vivía en el mismo piso de la calle de Greda, no tuvo el consuelo de recoger su último suspiro, porque, favorecido con un cargo oficial, se encontraba desde hacía unos días en Málaga, con objeto de embarcar para el Brasil.

En la sesión del mismo día 23, el Congreso hizo una demostración expresiva de su vivísimo sentimiento. Varios diputados tomaron la palabra para manifestarlo así; pero quien más sincera pena mostró, fué González Brabo, que habló así: «Señores, conmovido de una manera que no me atreveré a explicar, pues es imposible que hable el corazón cuando el dolor le ahoga, me levanto a dar las gracias, como amigo que fui y soy de la memoria del Sr. Espronceda, al Sr. Presidente y al Sr. Luján: ellas premiarán el mérito reconocido de la persona que hoy nos falta, y sus amigos conservarán una gratitud eterna a los que así han correspondido a la memoria de un hombre que por tantos títulos era acreedor a este recuerdo (*vivamente afectado*). No puedo hablar... el sentimiento me ahoga, porque ha sido para mí un caso inesperado (*Se sienta derramando lágrimas*)» (1). Todos los periódicos de Madrid—*El Eco del Comercio*, *El Espectador*, *El Peninsu-*

(1) *Gaceta de Madrid*, 24 de mayo de 1842, Sesiones de Cortes. El *Diario de Sesiones de Cortes* transcribe estas palabras con ligerísimas diferencias.

La *Gaceta de Madrid* del 26 de mayo reprodujo el artículo publicado por *El Eco del Comercio*, cosa que también hicieron, en sus respectivos libros, Laverde Ruiz y Escosura. El publicado en *El Corresponsal* fué reproducido por Rodríguez Solís y Cascales Muñoz.



D. Luis González Brabo

lar, *El Correo Nacional*, *El Corresponsal*—, dedicaron al poeta fervientes elogios. El día 24, a las cuatro y media de la tarde, se efectuó el entierro. El acompañamiento fué nutridísimo. Hecha la inhumación, el emocionado concurso oyó una poesía de Enrique Gil y Carrasco, un discurso de don Joaquín María López, un soneto de Miguel Agustín Príncipe y otro de Gregorio Romero Larrañaga, un fragmento inédito de *El Diablo Mundo*, leído por Julián Romea... «La pompa de estas exequias—decía *El Correo Nacional* en su número del día 25—ha consistido en la inmensidad del concurso. ¡Magnífica pompa es la tumba del genio! Las lágrimas empañaban los ojos de aquellos que no las comprimían; el dolor oscurecía todos los semblantes. La juventud de Madrid, la juventud de la literatura como la de la política, ha cumplido con el funesto deber de depositar en el sepulcro los restos de aquel que ocupaba tan preeminente lugar entre los talentos españoles, y nosotros, los redactores de *El Correo Nacional*, no vimos cerrarse la losa sin sentir en nuestro corazón todo el peso de una desgracia que hemos sido los primeros en deplorar, como seremos los últimos en olvidarla.»

Cuando la muerte sorprendió a Espronceda, *El Diablo Mundo* se encontraba en publicación. Daba Espronceda su poema al público por entregas, a medida que le componía, y acababa de aparecer la séptima.

Pocos años había tenido ciertamente Espronceda para conseguir reputación de poeta extraordinario; pero su talento singular había alcanzado fácilmente el milagro.

En *El Artista*, la primorosa revista dirigida por Eugenio de Ochoa y Federico de Madrazo, y en su número terce-

ro, correspondiente al 19 de enero de 1835 (2), se publicó la *Canción del Pirata*, de Espronceda. Buen refuerzo llegaba al órgano de los románticos españoles con una firma de tal consideración (3).

Se ha dicho más de una vez que Espronceda no alcanzó fama de poeta hasta la publicación de su tomo de *Poesías*, en 1840. Ello es un error crasísimo. Cuando se publicó la *Canción del Pirata* hacía ya largo tiempo que la opinión le consideraba como predilecto de Apolo. A mayor abundamiento, su novela histórica *Sancho Saldaña* (1834) y su comedia *Ni el tío ni el sobrino* (1834), esta última en colaboración con don Antonio Ros de Olano, agregáronle merecimientos en otro orden de menesteres literarios. Pero su prestigio fundamental era de poeta, que arrancaba desde los tiempos en que pergeñaba versos en el colegio de don Alberto Lista y en la Academia del Mirto.

En el periódico *El Siglo*, con fecha 28 de enero de 1834, Espronceda había publicado su hoy famoso *Himno al Sol*.

(2) En los números de *El Artista* no se hacía constar el mes, el día, ni siquiera el año de su publicación; pero tomando en la colección de la revista varios hitos, no es difícil dar con la fecha de cada uno. En un artículo que encabeza el tomo III consta que empezó a publicarse el día 5 de enero de 1835.

(3) En los números 12 y 16, págs. 137 y 183, publicó *El Artista* fragmentos de *El Pelayo*, de Espronceda, precedidos de las siguientes palabras: «Muy conocido es en Madrid el joven poeta D. José de Espronceda, y ya algunas de sus bellísimas composiciones poéticas han adornado las páginas de nuestro *Artista* (*). Pero lo que no todos saben es, que este brillante ingenio tiene compuestos cinco cantos de un poema épico, si tan pomposo título merece una obra escrita según las doctrinas románticas, que tan públicamente profesa el autor de *El Pelayo*.»

Muy lejos se hallaba *El Pelayo* de estar escrito según las doctrinas románticas.

(*) Realmente sólo había sido una, *El Pirata*.



D. Alberto Lista

¡Qué diferencia entre aquella composición de tonos clásicos, rotunda y declamatoria, aunque animada de una vida que inútilmente se buscará en otros poetas de la época, y estas estrofas del *Pirata!* Ciertamente es que ya las poesías insertas en *Sancho Saldaña* pedían entrada en el campo de la lírica romántica española.

Eran aquellos los años en que la transición se efectuaba. Todavía en febrero de 1835 escribía *Figaro* lo siguiente, en un artículo crítico acerca de las *Poesías* de don Juan Bautista Alonso: «En poesía estamos aun a la altura de los arroyuelos murmuradores, de la tórtola triste, de la palomita de Filis, de Batilo y Menalcas, de las delicias de la vida pastoril, del caramillo y del recental, de la leche y de la miel, y otras fantasmagorías por este estilo. En nuestra poesía a lo menos no se hallará malicia; todo es pura inocencia. Ningún rumbo nuevo, ningún resorte no usado.» Seguramente Larra exceptuaba de esta acusación a José de Espronceda, que a no dudar con anterioridad a 1834 había compuesto poesías de tonos más o menos románticos.

En 1834 publicó sus *Poesías* Jacinto de Salas y Quiroga. Fué Salas y Quiroga uno de los poetas que iniciaron la tendencia romántica en la lírica española, y no ciertamente de los que ocuparon lugar inferior. En el prólogo a la citada colección de *Poesías* hace profesión de fe romántica y se proclama defensor de la nueva escuela. «Tenía yo apenas diez y ocho años—escribe—y acababa de salir de un colegio de Francia (4); mi imaginación estaba

(4) Salas y Quiroga había nacido el 14 de febrero de 1813, en La Coruña.

exaltada, pero con esa exaltación que puede dar la lectura de Boileau, compasada, fría y monótona. Cayó en mis manos *Childe Harold*, las demás obras de Lord Byron, las *Meditaciones* de Lamartine y las *Orientales* de Víctor Hugo, y un nuevo mundo se ofreció a mi vista.» Es decir, que fué por los años 1832 a 1834 cuando Salas y Quiroga, por influencia de Lord Byron y de los poetas franceses, sintió anhelos de abandonar los caminos trillados (5). Algo parecido le ocurrió a Espronceda, que por aquellos mismos años paseaba sus ocios de emigrado en Francia e Inglaterra.

Poco después que *El Pirata*, y en *La Revista Española*, número correspondiente al 6 de septiembre de 1835, publicó Espronceda *El Mendigo*. El 19 del mismo mes, y en la misma revista, apareció *El Verdugo*. Al mismo año pertenece *El Reo de muerte*.

El entusiasmo que estas poesías despertaban entre los jóvenes aficionados a la literatura, no es para dicho. Hallábase a la sazón en Valladolid, como estudiante de la Universidad, Pedro de Madrazo, hermano de Federico, el director de *El Artista*, y contaba entre sus condiscípulos a José Zorrilla, de quien ya lo había sido en el Seminario de Nobles y en la Universidad de Toledo. En la Universidad vallisoletana cursaban igualmente otros jóvenes de desperto ingenio, como Manuel de Assas, Miguel de los Santos Alvarez, Jerónimo Morán y Ventura García Esco-

(5) *El Siglo*, en su número de 28 febrero 1834, dedicó un artículo crítico a las *Poesías* de Salas y Quiroga. Calificábale de innovador, y añadía que «ha hecho ver el señor Salas que la poesía castellana admite más clases de metros que los usados hasta el día.»



D. Federico de Madrazo

bar. Recibía Pedro de Madrazo, enviados por su hermano, *El Artista* y otros periódicos madrileños, y ya se podrá suponer el efecto que las poesías de Espronceda causaron en aquellos incipientes poetas. Bien pronto figuraron todos ellos en las filas románticas, y todos, cuál más, cuál menos, supieron demostrar muy relevantes prendas. Lo que ocurría en aquel grupo selecto, se observaba en la juventud de toda España, y, por de contado, en los círculos literarios madrileños, que llevaban la voz cantante.

Otra poesía escribió por entonces Espronceda que tuvo honda repercusión entre los poetas, y vino a engendrar una de las manifestaciones más características en la lírica romántica española. Fué seguramente anterior a las ya citadas, aunque no se imprimió hasta cincuenta años después. Refiérome a *El canto del Cruzado*, acerca del cual Patricio de la Escosura escribe lo siguiente:

«Y a propósito de ese *canto*, que debía ya de estar en gran parte escrito a mediados del año 1833 (por lo que a decir voy), permítaseme aprovechar la ocasión de declarar aquí, muy de mi grado, que a su lectura, o más bien a su recuerdo, le debí la idea de escribir en su mismo metro un cuentecillo que, en efecto, compuse en Pamplona, hallándome allí de paso con el ejército del Norte en que servía, no recuerdo ahora en qué fecha de 1834, que publicó *El Artista* del mismo año con el título de *El Bulto vestido del negro capuz*, y que fué por el público mucho más benévolamente acogido de lo que mis pobres versos merecían y yo me atreví nunca a esperarlo» (6).

(6) *Obras poéticas y escritos en prosa* de Espronceda, pág. 55. *El bulto cubierto de negro capuz* se publicó en el número de

El *Canto del Cruzado* empieza por una descripción de tonos misteriosos, hecha en versos dodecasílabos bipartitos:

Ya tarde en la noche la luna escondía,
cercana a Occidente, su lívida faz,
y al Norte entre nubes relámpago ardía
que el cielo inundaba de lumbre fugaz.

El Tajo sus ondas con ronco bramido
despeña, y el eco redobla el fragor,
el bosque se mece con sordo ruido,
de negras tormentas fatal precursor.

Al fuego que el rauda relámpago extiende,
que el monte y la selva parece abrasar,
un hombre a caballo la margen descende
y al trote se sienten sus armas sonar.

Entretanto, en un soberbio castillo sito en un monte, se celebra espléndido festín «y de arpas y fiestas se escucha el rumor». El hombre a caballo se aproxima presurosamente:

Cual negra fantasma que en forma medrosa
que tímida virgen de noche aterró,
así en la alta cumbre del monte escabrosa
el hombre a caballo veloz pareció.

Al pie del castillo llegando el guerrero,
alegre relincha su noble trotón;
la rienda recoge, desmonta ligero
y para y escucha sonar la canción.

Oye cantar, en efecto, un romance morisco, acabado

El Artista correspondiente al 4 de mayo de 1835. Estaba fechado en Pamplona, a 18 de marzo del mismo año. No fué, pues, en 1834, como dice Escosura.

el cual llama el caballero con su lanza a la puerta del castillo:

—Asilo en la noche demanda un guerrero
que errante camina—gritó el paladín.

—Abridle—de adentro sonó un caballero—
y encuentre acogida y asiento al festín.

Cae el puente levadizo, entre crujido de cadenas, y penetra el mancebo. Se hace reconocer como un cruzado, y dos pajes le conducen al salón, a la vez que sale a su encuentro un «gallardo infanzón», señor del castillo:

El huésped, en tanto que el noble le hablaba,
mantiene los ojos clavados en él,
así que en su rostro semblanza encontraba
que antiguos recuerdos preséntanle fiel.

—¿Sois vos—le pregunta—, gentil castellano,
de aquesta comarca tal vez el señor?
¿Sois vos el que llaman el Conde Lozano,
honor de Castilla, del moro terror?

El noble contesta afirmativamente, y añade:

Entrad con nosotros, partid el contento,
heroico soldado de la alta Sión;
dirás de tus viajes el plácido cuento
y oiremos tus hechos con paz y atención.

—Mi vida y mis hechos—el huésped responde—
ansiara ya mismo por siempre olvidar;
y dice, y su rostro moreno se esconde
la nube sombría de negro pesar.

Del sol de la Libia quemado el semblante,
sus ojos un punto flamantes se ven;

mas luego se apaga su brillo al instante
y al fuego que lanzan sucede el desdén.

Con hondo suspiro prosigue el cruzado,
bajando los ojos con triste mirar:
—Delante el sepulcro de Dios he jurado
mi historia y mi nombre jamás confiar.

El conde Lozano sienta en silencio junto a sí al misterioso caballero, y, renaciendo la alegría, un trovador entona una canción titulada *La vuelta del Cruzado*. Al terminar, se entabla entre los caballeros una discusión acerca de la belleza de sus damas, que se disponen a dirimir mediante las armas; pero un anciano que está presente, les dice que no deben derramar por motivo tan fútil la sangre de sus amigos y hermanos, sino reservar su esfuerzo para causas justas, y que, en consecuencia, deben nombrar juez al recién llegado para que designe la dama más bella. Y hasta aquí llega el *Canto del Cruzado*, que no sólo está inconcluso, sino que tiene en blanco algunas palabras de varios versos.

Llama la atención en el *Canto del Cruzado* el, como si dijéramos, apresto de romanticismo incipiente, que le da carácter. La variedad métrica, con predominio de los dodecasílabos; las pinceladas abigarradas del fondo; ciertos rasgos curiosos, como la frecuente omisión del artículo, el empleo de sustantivos y adjetivos extemporáneos y *bizarros*, de frases escuetas y elipsis desusadas; los trozos de diálogo seco y cortado... Todo ello da a *El canto del Cruzado* un tono de original ingenuidad.

Sin duda por esta primitiva sencillez, por esta categoría de fútil ensayo, creyó Espronceda que el *Canto del*

Cruzado no alcanzaba la altura suficiente para su publicación, y ni siquiera quiso terminarle. No obstante, el *Canto del Cruzado* circuló manuscrito, y como precisamente esos rasgos nuevos y llamativos habían de tener particular atractivo para los poetas que daban sus primeros pasos en la lírica romántica y que veían en Espronceda al maestro indiscutible, bien pronto el *Canto del Cruzado* tuvo imitaciones.

La más famosa, que había de producir a su vez otras varias, fué *El bulto cubierto de negro capuz*, de Escosura. ¡Cuántas jóvenes románticas, de aquellas a quien Bretón de los Herreros caricaturiza en *Me voy de Madrid*, se emocionarían ante la trágica ocurrencia del castillo de Simancas, en que Alfonso García y su amada caen bajo la cuchilla del verdugo! Escosura no era poeta de vuelos amplios, ni mucho menos; pero como en ese poemita abultó y exageró los rasgos de su modelo, logró atraer mucho más la atención hacia el género. Escosura agregó algunos recursos nuevos, como el uso de arcaísmos, la frecuencia de tiempos verbales traslaticios, las exclamaciones de ¡*maldición!*, la introducción de coplas a lo Jorge Manrique, etc.

La imitación se ve bien clara desde que comienzan los versos del primer cuadro (*El caminante*):

El sol a occidente su luz ocultaba,
de nubes el cielo cubierto se vía;
furioso en los pinos el viento bramaba,
rugiendo agitado Pisuerga corría.

Soberbio Simancas sus muros ostenta
burlando la saña del fiero huracán.
Mas ¡ay del cautivo que mísero cuenta
las horas de vida por siglos de afán!

Por medio del monte, veloz cual la brisa,
cual sombra medrosa, cual rápida luz,
un bulto, que apenas la vista divisó,
camina, cubierto con negro capuz.

Mudado el semblante, la vista azorada,
sollozos amargos lanzando sin fin,
la Madre invocando de Dios adorada,
de hinojos se postra del río al confín.

En el segundo cuadro (*La prisión*), el obispo Acuña, valeroso caudillo de los Comuneros, clama en su calabozo de Simancas contra la tiranía y anuncia su próximo suplicio:

En pie, silencioso, con aire abatido,
mancebo que apenas seis lustros cumplió,
le escucha; y responde con hondo gemido,
que el eco en la torre fugaz repitió.

"¡Tan bravo en las lides!", Acuña le dice,
"¡tan bravo! y cobarde tembláis al morir..."
—"Teneos, obispo; muriendo es felice
quien sólo en cadenas espera vivir.

Morir es más dulce que ver, como he visto,
caer a *Padilla* y a ciento con él.

Yo burlo la muerte, mas ¡ay! no resisto
de amor a los tiros, fortuna cruel."

En el cuadro tercero (*El soldado*) vemos un fiero centinela que, entre los bramidos de la tempestad, guarda la puerta del castillo «con fuego y espada, y agudo puñal». Entonces:

Con planta ligera el puente atraviesa
el bulto vestido del negro capuz:
"Detente", el soldado gritándole apriesa,
le pone a los pechos su enorme arcabuz.

El mancebo llora y suplica al soldado que le deje refugiarse en el castillo, pues es un pobre trovador huérfano:

Lloraba el mancebo: dolor era oïlle;
 votaba el soldado, que hacia temblar.
 El uno "Doleos", tornaba a decille;
 el otro: "Demonio, ¿te quieres marchar?"
 En tanto a torrentes el cielo llovía,
 y un rayo no lejos del puente cayó:
 invoca el soldado temblando a María;
 inerte a sus plantas al huérfano vió.

En el cuadro siguiente (*La trova*) contemplamos, «en sucio y estrecho paraje y oscuro» a diez soldados, y con ellos a un hombre hercúleo y brutal:

Ai par de aquel hombre, se ve suspirando
 el rostro de un niño, de un angel de luz:
 verdugo, el primero que estamos mirando,
 el otro es el bulto de negro capuz.

Todos mandan cantar al trovador, y él, efectivamente, empieza una trova; mas llega un fraile que le hace callar, alegando que está cerca de ellos un reo de muerte. El verdugo lo confirma:

Alfonso García, famoso caudillo
 que de comuneros en Toledo fué,
 mañana en los filos de aqueste cuchillo
 por sus buenas obras hallará mercé.
 "—¿Mañana le matan? con ansia pregunta,
 "¡mañana! el que el canto festivo entonó:
 "¡mañana! ¡es posible! y el alba despunta.
 "Verdad es: entonces hoy mismo murió.

Llega el último cuadro, *El beso*. Aparece el lugar del suplicio, pintado con siniestras tintas. Junto al cadalso están los soldados y el bulto cubierto de negro capuz. Sale el comunero Alfonso García, y con pie tranquilo sube al patíbulo:

Alzada en el aire su fiera cuchilla,
volviéndose un tanto con ira al sayón,
al triste que en vano lidió por Castilla
prepara en la muerte cruel galardón.

Mas antes que el golpe descargue tremendo,
veloz cual pelota que lanza arcabuz,
se arroja al cautivo —¡García!—diciendo
el bulto vestido del negro capuz.

—¡Mi Blanca! responde; y un beso, el postrero,
se dan, y en el punto la espada cayó.
Terror invencible sintió el sayón fiero
cuando ambas cabezas cortadas miró.

Entre los primeros cultivadores del género figuró don Marcelino Azlor, luego duque de Villahermosa, que compuso el poema *El guerrero y su querida* (7). Es aquí el bravo Arturo—y aprecie el lector cuán escasa inventiva mostraban todos estos poetas—, quien llega misteriosamente al lugar de la escena, y ya no es ésta la margen del Tajo ni la del Pisuerga, sino la del Arga:

El sol esplendente los campos bañaba;
las flores el Euro lascivo mecía,
la verde montaña su rayo doraba
y alegre en los campos el Harga corría.

(7) Se publicó en *El Artista* de 2 de enero de 1836; pero lleva la siguiente data: *Zaragoza, julio 1834*. Según esto fué anterior a *El bulto cubierto de negro capuz*. Las semejanzas entre ambos no pueden ser mayores. Escosura, sin embargo, afirma terminan-

Arturo el amante, el bravo soldado
de rostro gracioso, risueño mirar,
ceñida la espada camina agitado,
herido su pecho de crudo pesar.

De polvo su cuerpo cubierto se vía,
su pálido rostro de negro sudor;
su pecho inflamado con ansia latía...
Arturo exhalaba suspiros de amor.

Arturo se apoya en un nogal, mientras comprime con la mano una herida recibida en los campos de batalla. Su amada, Elena, desciende al valle, y entona una canción. De pronto ve a su amante, corre hacia él, le estrecha entre sus brazos y, sin darse cuenta, abre la mortal herida, por la que el gentil mancebo se desangra, hasta exhalar su último suspiro. Entonces

La virgen demente arranca del pecho
el dardo inhumano que a Arturo mató,
imprime su rostro, en llanto deshecho,
do fiero el faccioso la flecha clavó.

Embota en su seno la daga traidora...
Bañada en su sangre la triste cayó...
Ya espira... ya muere: en menos de una hora
dos víctimas puras el mundo lloró.

Julián Romea, el gran actor, que fué poeta discreto, quiso también componer una historieta de esta clase, y lo hizo en la titulada *Ricardo* (8). Aquí llega también un

temente que escribió *El bulto cubierto de negro capuz* por sugestión de *El canto del Cruzado*, y no parece fácil que conociera *El guerrero y su querida*.

(8) Se publicó también en *El Artista*. Lleva fecha de *Madrid.-Agosto.-1835*.

guerrero de Palestina, pero no en versos dodecasílabos, sino en un romance. Los dodecasílabos vienen después. Corre en busca de su Blanca; llega al pie del castillo, ata el bridón a un pino y entona la correspondiente canción.

Calló: de un postigo de bronce forrado
correrse las barras con fuerza escuchó;
y, en una ancha capa saliendo embozado,
un hombre a su vista veloz pareció.

—Mancebo, le dice con voz reposada,
tus votos ardientes se van a cumplir;
fiel siempre, te espera tu Blanca adorada,
y si eres valiente me puedes seguir.

—Los fieros guerreros que vi en Tierra Santa
jamás consiguieron mi rostro inmutar:
que gúes espera tan sólo mi planta;
¿lo oíste? Ricardo no sabe temblar.

Atravesando cien salones, Ricardo y su acompañante
llegan a uno en que se encuentra Blanca, alumbrada por
muchas luces:

Cerrados contempla los ojos que encantan;
ardiendo Ricardo de amor se llegó:
la hermosa cabeza sus manos levantan...
El cuerpo entre sangre rodando cayó.

Un sordo gemido salió de su pecho;
sintió de sus huesos el tuétano helar;
su pálida frente cayó sobre el lecho
haciendo las armas al golpe sonar.

El hombre embozado penetra impaciente,
y al joven soldado cadáver halló:
su brazo de hierro con fuerza al torrente
los cuerpos sangrientos veloz arrojó.

Aquel hombre embozado es el marido de Blanca, que ríe con satánica carcajada. Y desde aquel día todos los años, al dar el reloj las cuatro, se oye en el castillo el canto de la lechuza entre quejas y acentos amargos que salen del torrente;

y una voz que grita... "Blanca"
y otra que clama... "Ricardo".
Y sobre aquellos quejidos
por los ecos prolongados,
una horrible carcajada
que el alma hiela de espanto.

Con mayores pretensiones, aunque todavía con menor inspiración, Gregorio Romero Larrañaga, poeta de los más interesantes dentro de la pandilla romántica (9), dió al público en un folleto su cuento *El Sayón*. Se repartió gratis a los suscriptores de la colección de novelas de *Autores célebres extranjeros*, por el mes de junio de 1836 (10). Al frente figuraba su división en los siguientes

CUADROS.—*El barco*.—*La luna*.—*El castillo*.—*El peregrino*.—*La capilla*.—*El caballero*.—*La cita*.—*La fosa*.

Romero Larrañaga, sin duda para dar mayor novedad a su cuento, inicia la acción en el mar:

Tremenda borrasca en noche lluviosa
y oscura, agitaba las olas del mar;
el rayo silvaba (*sic*) con furia espantosa,
chocaban los vientos con ronco bramar.

(9) V. *Un romántico*, en mi libro *Anotaciones literarias*, página 124.

(10) *El Sayón: Cuento romántico en verso por Don Gregorio Romero y Larrañaga*.—Madrid: Imprenta de I. Sancha, calle de la Concepción Jerónima.—1836. 12 pág. en folio, con cubierta.

Velero un navío los mares hendía,
 quebrados los cables, desecho el timón;
 votando en la popa furioso se vía,
 cubierto de acero, sentado un sayón.

Brillaban sus ojos cual rayo de muerte,
 su voz más que el trueno sonaba fatal;
 al ver los abismos que amagan su suerte,
Maldición, clamaba con grito infernal.

Cae un rayo en el barco, y éste se hunde. El sayón se arroja al mar, llevando en sus brazos a una joven hermosísima, y arriba felizmente a una playa. El sayón, de quien luego sabemos que se llama Beltrán, ha arrebatado a Malvina—tal es el nombre de la dama—de poder de su esposo. Llévala a un castillo y la encierra en una prisión tenebrosa. Hasta allí llega un peregrino, que entona la correspondiente trova:

Tú, la infelice
 bella señora,
 tú, la que adora
 mi corazón;
 ni fuertes rejas,
 ni alzados muros,
 están seguros
 de mi lanzón.

Trasladado el peregrino a una capilla misteriosa, se sienta en un zócalo de piedra. En la espesura aparece la «gigante férrea figura» de un doncel:

A pie le sigue un soldado,
 lleva encapazonado
 un bridón.
 El peregrino al mirarlos,
 corrió gozoso a abrazarlos
 con pasión.

El peregrino es Galaor, esposo de Malvina; el recién llegado es don Rodrigo de Lara, deudo de la dama. Ambos, con un escuadrón de soldados, llegan a la muralla donde está el sayón, y Galaor desafía a éste. Por lo visto el sayón mata a su enemigo, porque don Rodrigo de Lara penetra por la noche en el castillo para rescatar el cadáver y darle tierra. Hecho esto, toma fiera venganza por medio del incendio:

Ardían los bosques con fuego horroroso,
del recio castillo los muros ardían,
en medio el incendio voraz, espantoso,
mil ayes de muerte confusos se oían.

Beltrán y Malvina los dos sucumbieron
y todos los bravos la noche fatal:
del gran poderío que aquéllos tuvieron,
cenizas y polvo quedó por señal.

Cadáveres mil la luna blanquea,
un yermo desierto alumbra su luz:
impávido, solo, el bulto pasea,
y un muerto examina de blanco capuz.

Suspira apartando los negros escombros,
un cuerpo divino de entre ellos alzara:
se aleja acia (*sic*) el bosque llevándole en hombros:
el muerto es Malvina, el hombre el de Lara.

Todas las puerilidades, todos los lugares comunes que habían venido a albergarse en semejantes cuentos románticos, se encuentran en *El Sayón*. Romero Larrañaga luchó siempre a brazo partido, sin salir airoso casi nunca, con el metro y con el idioma.

Casi a la vez que *El Sayón*, y dedicado precisamente a Romero Larrañaga, apareció otro cuento romántico, original—si es que alguno de ellos podía llamarse así—de

Juan Francisco Díaz. y titulado *Blanca*. De esa originalidad puede juzgarse por los siguientes versos:

Diez veces sus rayos el sol ardoroso
al mundo adormido benéfico envió,
diez veces brillara después que animoso
el noble Rodrigo peleando murió.

La noche empezaba del décimo día,
tristísima, oscura, que infunde pavor;
el trueno de cerca terrible se oía,
el rayo despide su vivo fulgor.

Un bulto medroso de negro capuz,
de atléticas formas, de triste mirar,
inmóvil se viera al pie de una cruz
al Dios de bondades su rezo elevar.

Confusos se oyeran mil ayes y mil
salir de su pecho que oprime el dolor:
el llanto oscurece su faz varonil
que un tiempo brillara con bélico ardor...

Tales fueron, si no las únicas, las principales derivaciones de *El canto del Cruzado* y de *El bulto cubierto de negro capuz*. Como se ve, aquellos buenos poetas—no digamos poetas buenos—no se esforzaron mucho por conseguir la novedad. Sin embargo, en los anales del romanticismo español es necesario tener muy en cuenta esos cuentos entre caballerescos y fantásticos.



ZORRILLA conoció a Espronceda en el año 1837, después del memorable día en que el poeta vallisoletano, con motivo del entierro de Larra, se abrió las puertas de la fama. La ilusión que Zorrilla sentía por acercarse al autor de *El Pirata*, se comprenderá sólo con recordar que la trinidad que él adoraba por aquellos días—son sus mismas palabras—, estaba formada por Espronceda, García Gutiérrez y Hartzenbusch.

En los *Recuerdos del tiempo viejo* nos dejó Zorrilla un interesante relato de su primera entrevista con Espronceda; tan interesante que, a trueque de que el lector pueda ya conocerle, le traslado a continuación:

«Una tarde me dijo Villalta: «esta noche vamos a casa de Espronceda, que ya desea ver a V.» Figúrese V. que un creyente (11) hubiera enviado por escrito su confesión al Papa, y que S. S. le hubiera contestado: «venga V. esta noche por la absolución o la penitencia», esta fué mi situación desde las cuatro de la tarde, hora en que Villalta me anunció tal visita, hasta las nueve de la noche, hora en que se verificó. Yo creía, yo idolatraba en Espronceda. Si aquel oráculo divino a quien yo iba a consultar desaprobaba mis versos, si aquel ídolo a cuyos pies iba yo a postrarme desdeñaba mi homenaje, no tenía más

(11) Zorrilla dirigía los primeros capítulos de los *Recuerdos* al poeta don José Velarde.

remedio que irme a buscar a mi padre a la corte de Oñate, y suplicarle con trito que me matriculase en la Universidad de Vergara.

»Villalta leyó sonriendo en mi fisonomía lo que pasaba en mi interior, y me condujo en silencio a la calle de San Miguel, número 4. Espronceda estaba ya convaleciente, pero aún tenía que acostarse al anochecer. Introdújome Villalta en su alcoba, y diciendo sencillamente «aquí tiene V. a Zorrilla», me empujó paternalmente hacia el lecho en que estaba incorporado Espronceda. Yo, no encontrando una palabra que decir, sentí brotar las lágrimas de mis ojos, los brazos de Espronceda en mi cuello, sus labios en mi frente, y su voz que decía a Villalta, «es un niño».

»Hubo un minuto de silencio del cual no he sabido nunca hacer un poema: Villalta se despidió y nos dejó solos; de la conversación que siguió... no me acuerdo ya: al cabo de media hora nos tuteábamos Espronceda y yo, como si hiciera veinte años que nos conociéramos; pero la luz que estaba en el gabinete no iluminaba la alcoba, en cuya penumbra no había yo todavía visto a Espronceda; «no te veo», le dije; «pues trae la luz», me respondió; y trayendo yo la bujía, le contemplé por primera vez, como a la primera querida que me hubiera dado un beso a oscuras.

«La cabeza de Espronceda rebosaba carácter y originalidad. Su cara, pálida por la enfermedad, estaba coronada por una cabellera negra, riza y sedosa, dividida por una raya casi en el medio de la cabeza y ahuecada por ambos lados sobre dos orejas pequeñas y finas, cuyos lóbulos inferiores asomaban entre los rizos. Sus cejas ne-



D. José Zorrilla



gras, finas y rectas, doselaban sus ojos lípidos e inquietos, resguardados como los del león por riquísimas pestañas: el perfil de su nariz no era muy correcto, y su boca desdeñosa, cuyo labio inferior era algo aborbonado, estaba medio oculta en un fino bigote y una perilla unida a la barba, que se rizaba por ambos lados de la mandíbula inferior. Su frente era espaciosa y sin más rayas que la que de arriba abajo marcaba el fruncimiento de las cejas; su mirada era franca, y su risa, pronta y frecuente, no rompía jamás en descompuesta carcajada. Su cuello era vigoroso y sus manos finas, nerviosas y bien cuidadas. A mí me pareció una encarnación de Píndaro en Antínoo: de tal modo me fascinó su belleza varonil, su conversación animada y la alta inspiración de su poesía. Espronceda sabía más que la mayor parte de los que después de él hemos alcanzado reputación: discípulo de Lista, como Ventura de la Vega y Escosura, era buen latino y erudito humanista; pero empapado en la poesía inglesa de Shakespeare, Milton y Pope, era la personificación del clasicismo apóstata del Olimpo, y lanzado, Luzbel-poeta, en el infierno insondable y nuevamente abierto del romanticismo.

»Espronceda era leal, generoso y bueno: la política y los amigos le dieron un carácter y una reputación ficticia, que jamás le pertenecieron; y las medianías vulgares le han calumniado después de su muerte, hasta atribuirle versos y libros infames, que jamás pensó en producir.

»A la tercera visita que le hice de día, me cansé de la sociedad de sus amigos: no porque su conversación me espantara, sino porque no la comprendía; vivía yo dado a mi trabajo, y no conocía a nadie de los ni de las de

quienes allí se hablaba. Una noche entré en su alcoba después de las doce: dolores articulares y escasez necesaria de nutrición teníanle a él desvelado, y a mí con pocas ganas de recogerme temprano la estrechez de mi pupilaje.

»—Vengo a esta hora—le dije—porque es en la que no tienes amigos en tu casa.

»—¿No te gustan mis amigos?

»—No.

»—Pues hablemos de otra cosa; y me alegro de que tengas libres estas horas, que son para mí las más insoportables; ¡tardo tanto en conciliar el sueño!

»Hacia poco que le había abandonado Teresa: yo ni la conocía, ni aun tenía por entonces conocimiento de que existiese: yo no conocía de la vida de Espronceda más que sus escritos; yo adoraba al poeta, y aun no conocía del hombre ni siquiera la persona, puesto que no le veía más que en el lecho donde le retenía su enfermedad.

»Seguí, pues, yendo a visitarle después de media noche.

»Y de aquellas conversaciones a solas con Espronceda sí que podría yo hacer un libro; pero hay libros que no deben ser leídos hasta cuarenta años después de escritos.

»Espronceda y yo nos quisimos y nos estimamos siempre; pero nuestras diversas costumbres, aunque no las entibiaron, hicieron menos frecuentes nuestras relaciones. Yo deserté el primero del cafetín del teatro del Príncipe, en donde nos juntábamos, y me pasé al de Sólito, con los Gil y Zárate, G. Gutiérrez y otros, a quienes comenzó a importunar el elemento militar y político que se incrustó allí en el literario; y con motivo de mi primer matrimonio, del cual Espronceda no se atrevió a hablarme más que una vez, comprendió que el niño era ya hombre; y

habiendo ya escrito *El Cristo de la Vega* y *Margarita la Tornera*, estimó al hombre como un hermano y al poeta como ingenio privilegiado que él era, y que no tenía nada que envidiar al mozo atrevido que osaba trepar a tuestas al Parnaso» (12).

El amigo íntimo de Espronceda fué desde entonces Miguel de los Santos Alvarez. Alvarez era vallisoletano, como Zorrilla, y tenía un año menos que éste, pues había nacido en 5 de julio de 1818. Como el autor de *Don Juan Tenorio*, fué bautizado en la iglesia de San Martín. El padre de Miguel, don Pablo Alvarez, era un abogado de sólida reputación, y muy caracterizado entre los elementos liberales de la ciudad, al revés de lo que ocurría con el padre de Zorrilla. Cuando en 1820, a raíz del grito de Cabezas de San Juan, los electores parroquiales de Valladolid nombraron nuevo Ayuntamiento, en él entró don Pablo como procurador síndico; pero tres años después, cuando llegó a Valladolid la noticia de que el duque de Angulema se aproximaba con los «cien mil hijos de San Luis», don Pablo y su familia, como otras muchas personas, tuvieron que ponerse en salvo. Por de pronto se establecieron en Extremadura; luego pasaron a Portugal.

Don Pablo, el padre de Miguel, era natural de Valladolid, y su mujer, doña María Jesús de Unzueta, éralo de la anteiglesia de Echagüen, valle de Aramayona, provincia de Alava. El matrimonio tuvo cinco hijos: Miguel de los Santos, Luis, Gervasio, Valentín y Ana.

Un decreto de amnistía permitió a la familia volver de

(12) *Recuerdos del tiempo viejo*, t. I, pág. 46.

su destierro a Valladolid. Miguel cursó en su Universidad la carrera de Derecho, y con Zorrilla, estudiante en la misma facultad, hizo entonces una amistad que había de perdurar hasta la muerte. Cuando, al finalizar el curso de 1836, Zorrilla hizo su famosa escapatoria a Madrid, en busca de la gloria, permaneció una noche oculto en casa de Miguel, el cual ya era huérfano. Su padre había muerto en 27 de octubre de 1835, y su madre poco antes.

No tardó mucho Miguel en ir tras su amigo Pepe. A fines de 1836 se trasladó a Madrid, y como, a la cuenta, llevaba una buena porción del caudal paterno, pudo desenvolverse con menos apuros que su colega. Según cuenta Zorrilla en los *Recuerdos del tiempo viejo*, ambos pasaban las mañanas en el hospedaje de Miguel; hacia mediodía iban a la Biblioteca Nacional, en busca del agradable calorcillo que en ella reinaba, y por la tarde y primeras horas de la noche, vagaban al azar por calles y plazuelas.

Después del memorable triunfo de Zorrilla en el entierro de Larra, disminuyó no poco la continua relación entre los dos amigos. En cambio Alvarez uni6se en estrecha amistad con Espronceda. Ya hemos visto que, al morir el autor de *El Diablo Mundo*, ambos vivían juntos en la casa número 19 de la calle de la Greda. En 1840 publicó Alvarez, por entregas, como Espronceda *El Diablo Mundo*, su poema *María*, que también vino a quedar inconcluso; y en la dedicatoria decía así: «A su querido Pepe Espronceda, Miguel.—Ahí va, Pepe mío, una dedicatoria que no tiene nada que ver con el público; que es para ti solo; tan informal y tan cariñosa como nuestra amistad.» Una famosa octava de este poema (*¡Bueno es*

el mundo, bueno, bueno, bueno!...) puso Espronceda como encabezamiento de su canto a Teresa, y al frente de la parte cuarta de *El estudiante de Salamanca* estampó unas líneas de *La protección de un sastre*, novela de Alvarez (13).

«Juntos—escribía yo en otro lugar (14)—pasaban las horas, con frecuencia en el hospedaje de Alvarez, charlando y consolándose en sus cuitas; juntos escribieron un fragmento de poema de color verde subido, sobre *Dido y Eneas*, que obra autógrafo en la Biblioteca Nacional; juntos leerían a Goethe, a Byron, a Musset, a Hugo y Dumas. A la muerte de su amigo, recordaba Alvarez aquellas horas felices y la mesa en que pergeñaban sus versos:

Este es el velador aquel, testigo
de nuestras largas íntimas veladas,
continuación del fiel diálogo amigo,
interminable y loco, alegre o triste,
que mil veces nos trajo a la memoria
aquel continuo hablar en las posadas,
en aire, y fuego, y agua, heridos, sanos,
de aquellos dos en la locura hermanos
héroes que añadió el divino chiste
del buen Cervantes a la humana historia.
¡Y cuántas veces, súbito, se armaba
en mesa el velador, y los papeles
sucios de prosa y verso se mudaba
por ponerse blanquísimos manteles.

(13) El prestigio de Miguel de los Santos Alvarez fué muy grande, sobre todo por su poema *María*. Todavía Valera citaba en *Pepita Jiménez*, sin mencionar al autor, dos versos de *María*, que sin duda recordaba de su juventud:

Que la dejó a su muerte
sólo su honrosa espada por herencia.

(14) *Anotaciones literarias*, pág. 105.

Y seguía la plática, sabrosa
 más aún que la cena improvisada,
 cuanto menos formal más cariñosa:
 entre nosotros dos, la mesa amada (15).

Las primeras poesías de Miguel de los Santos Alvarez, con alguna excepción como la de *¡Pobres niños!*, inserta en el número 1.º del *No me olvides* (7 mayo 1837) fueron del más amargo pesimismo romántico. En la titulada *Murieron!!!* llora el fin de sus padres y del hombre que los sustituyó en su cariño, y manifiesta su único deseo de seguirlos a la tumba. Poco después, en un *Fragmento*, que, al igual de la anterior, fué excluído de las poesías coleccionadas, quejase a Dios, entre sumiso e impío, de no haberle llevado consigo desde la cuna:

Allá elevara mis cánticos
 entre el incienso que ondulaba,
 formando nubes de plata
 que tu semblante no ocultaba.

(15) Pertenecen estos versos a la continuación de *El Diablo Mundo*, hecha por Miguel de los Santos Alvarez. Se inician así:

¿Dónde está aquella voz? ¿Dónde aquel canto?

¡Ay de mí! ¿Dónde están?... ¿Adónde han ido?

que ayer fueron encanto

de mi fiel corazón y de mi oído,

y hoy acerba memoria,

que en mi abandono y mi dolor presente,

guarda la imagen para herir mi mente

de una pasada cariñosa historia!

¡Heme aquí solo ¿Dónde, amigo mío,

adónde estás, que el alma de mi vida

no encuentro ya, ni mi dolor impío

en su orfandad encontrará un hermano?

¡Ay de mí triste, que te busco en vano,

estrella de mi amor oscurecida!

Miguel de los Santos Alvarez conservó siempre el velador a que se refieren estos versos, y en que Espronceda escribió gran parte de sus poesías, así como el retrato de Espronceda hecho por Esquivel.

No maldijera el instante
 en que la cruel fortuna,
 sacándome de la nada,
 me expuso a la rabia tuya...

Todavía dos años después escribía sus famosas y deso-
 lidísimas quintillas *A la vida*, obra de un desesperado, si
 es que no las dictaba, como parecieron demostrar los años,
 la afectación romántica, y que dieron lugar a que la jo-
 vial musa de Villergas replicara con aquellas otras bien
 opuestas:

Quien en sus años más tiernos
 a su joven vida, tantos
 lanza anatemas eternos,
 más que Miguel de los Santos
 es Miguel de los Infernos.

Yo la razón te suplico
 de las quimeras que tratas.
 Mas fácilmente lo explico:
 bien me muestran tus bravatas
 que eso es jarabe de pico.

Con su novela *La protección de un sastre* (1840), Al-
 varez echó resueltamente por la senda del humorismo, en
 que acaso ningún escritor español le ha igualado. En el
 mismo año dió al público el primer canto de su poema
María, que allí quedó interrumpido.

Asombra realmente que, hablando de Alvarez y de
María, doña Emilia Pardo Bazán, de ordinario tan sagaz
 y certera, cometiera errores a granel; porque siendo cierto,
 naturalmente, que en la elevación del estro están por enci-
 ma Espronceda y *El Diablo Mundo*, no lo es menos que
 el humorismo cáustico y desgarrado halla en el poeta valli-

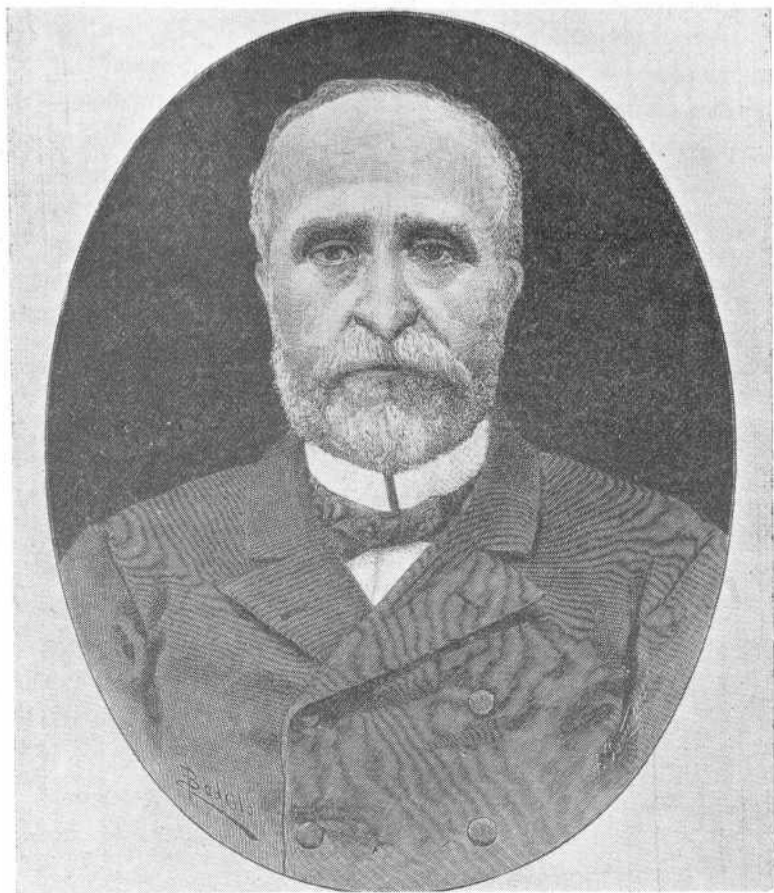
soletano su más cabal expresión. No debemos olvidar, como dato pertinente, que Miguel de los Santos Alvarez, zumbón y travieso hasta el último instante de su vida, acompañó a su fraternal Zorrilla en las bromitas que, viejos ya ambos, dirigieron a doña Emilia. Y agreguemos que ésta reconoce la originalidad con que Alvarez pasa «del llanto a la carcajada, de la melancólica actitud de *réverie* a la mueca del pilluelo o al brinco del payaso, de la efusión erótica al escepticismo sexual, de la frase poética al negligente prosaísmo» (16).

Pero por razones que perfectamente expone Valera, Miguel de los Santos Alvarez se condenó desde entonces a la inacción literaria. Con *María* y *La protección de un sastre*, si no se agotó su producción, redujose a ligeros e infrecuentes pasatiempos. Algún articulillo publicado en

(16) Publicó doña Emilia Pardo Bazán su estudio primeramente en el *Nuevo Teatro Critico* y luego en *Retratos y apuntes literarios*.

Algunas referencias muy interesantes hace doña Emilia en este trabajo, entre ellas la alusiva a *Jarifa*. Miguel de los Santos Alvarez dedicó, como Espronceda, una poesía *A Jarifa*, de la que se deduce claramente que en el recuerdo al poeta muerto se habían unido con demasiada intimidad la mujer por él cantada y el amigo sobreviviente. Dice doña Emilia que *Jarifa* «no era de esas infelices sentenciadas por la miseria o por otras causas al tráfico más degradante. Según mis noticias—añade—, era una dama de principios no muy severos, y nada más.» ¿Sería la misma *casada alegre* a quien dedicó Espronceda sus *Poesías* en un soneto? Probablemente (V. Rodríguez Solís, ob. cit. pág. 170, y Cascales, ob. cit. p. p. 103 y 197. Idem *Obras poéticas* de Espronceda, pág. 37.) Doña Emilia califica a Alvarez, y no sin razón, de *homme à femmes*, y alude a sus donaires y discreteos, también notorios. Dejando a un lado la parcialidad del estudio, es muy interesante.

Respecto a Miguel de los Santos Alvarez, deben tenerse muy en cuenta los juicios de don Juan Valera (continuación a la *Historia de España* de Lafuente, t. XXII, pág. 316; *Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX*, t. I, pág. 121 y t. V, pág. 207.)



D. Miguel de los Santos Alvarez

el *No me olvides*, como *Los jóvenes son locos*; unas cuantas poesías en el *Semanario Pintoresco Español*; los cuentos que, insertos en *El Iris* y otros periódicos, informaron luego la colección de *Tentativas literarias* (1864); algunos más que, andando los años, dió a luz en la *Revista de España*, en *La América* y en *El Liberal*... Eso, y muy poco más, constituyó su labor literaria. Como su coetáneo y amigo el cubano Ramón Rodríguez Correa, con quien guarda evidentes puntos de semejanza, creyó que su ingenio quedaba suficientemente probado en unos libros pequeños y sustanciosos y en los alardes de gracejo e intención con que salpicaba sus conversaciones.

Complicado Alvarez en los sucesos políticos de 1848, hubo de emigrar a Francia y allí permaneció hasta 1852. Estuvo luego empleado en la Administración de Rentas; fué gobernador de Valladolid, nombrado por la Junta de la ciudad en 1854; ingresó en el cuerpo diplomático, y desempeñó, entre otros cargos, los de Secretario de la Legación del Brasil, ministro plenipotenciario en Méjico, Subsecretario de Estado y Consejero en el mismo Ministerio. Murió en 15 de noviembre de 1892, dos meses antes que su fraternal Zorrilla. En sus últimos años, bondadoso y optimista, se complació en frecuentar las reuniones aristocráticas de la corte (17).

(17) «Mezcla—escribía Fernández Bremón en *El Liberal*, algún tiempo antes de morir Alvarez—de dulce y resignada melancolía cuando se evoca sus recuerdos, y de alegría social y cortesana cuando está entre los amigos, que se le disputan a porfía. Corazón de oro; espíritu cortésmente burlón, que no hiere personalmente al derramar chistes, es su conversación chistosa y siempre amena. —Si su aspecto no es el de un anciano, su alma es la de un joven: y como guarda el culto de las personas queridas que la muerte le ha ido arrebatando, parece un hombre de otra

EN *La Ilustración Española y Americana* correspondiente al 15 de enero de 1895, publicó don Julián Manuel de Sabando un artículo titulado *La herencia de Espronceda*.

Refiere el Sr. Sabando que por los años 1859 y 1860 se reunían en una tertulia del café del Iris varios jóvenes. Uno de ellos, nada versado en literatura, dijo cierta noche que estaba ocupándose en preparar libros y papeles que, procedentes de una testamentaria, conservaba de largo tiempo en depósito, y había de entregar al siguiente día. Eran papeles y libros de Espronceda.

Con la natural curiosidad, el Sr. Sabando acudió a verlos. «Entré—dice—en la habitación donde me esperaba mi amigo; sobre una ancha mesa, colocada en medio de la sala, se hallaban los legajos que iba a entregar: los seis Códigos franceses, en un tomo; *La Iliada*, en griego, texto puro; un tratadito de Geografía, en francés, y otro *De Diis et heroibus poeticis*, indicio de que había habido algunos otros tomos sueltos; a la derecha un enorme baúl de for-

generación, conservado entre espíritus. —Su escepticismo se ha convertido en una especie de credulidad entre zumbona y formal a todo lo extraordinario. Cuando tiene tos, pone dos glóbulos de acónito en una cucharada de agua, se ríe al tomarlos, pero la tos desaparece; cree posible el hipnotismo y todo lo acabado en ismo, y muchas otras cosas que no se saben bien. Gran trastrochador, comprende y sostiene que debe ser bueno madrugar. En vez de salir a tomar aguas en verano, baña en una fuente su bastón para practicar la hidroterapia.»

ma antigua, forrado con peludo cuero rojo, de tapa arqueada y bien claveteados listones de madera: ¡singularidades de la vida humana! aquella era la biblioteca póstuma de Espronceda.»

Comenzó Sabando a examinar los papeles, desatando un paquete cuidadosamente encintado y ordenado. «Me encontré con una decepción: aquel paquete, tenido al parecer como en cabeza de mayorazgo y tan cariñosamente cuidado, sólo se componía de... papeletas de citación para guardias, formaciones, juntas y otros actos de servicio de Milicia Nacional, en cuyo tercer batallón era teniente-capitán el insigne poeta. Aquellas papeletas, todas del tamaño de cuartilla, impresas y con los claros para la designación del día, hora y acto de servicio, se hallaban colocadas por orden riguroso de fechas, con tal pulcritud, que pudieran haber figurado en el tocador de una dama. ¿Fue posible, me dije, que el clarísimo talento y buen juicio del escritor hubieran cedido ante el fanatismo patriótico del miliciano, hasta el punto de dar tal importancia a semejante bagatela, pues ninguna de estas papeletas servía para nada, desde que se había cumplido el encargo de la citación?»

Tomó el Sr. Sabando otro paquete. «Era una numerosa colección de cartas de eminencias en la literatura, sobre todo en la dramática y lírica, escritas en momentos de expansión y con el mayor abandono, nada dignas de ser conservadas, como, al parecer, se hallaban aquéllas, con alta estimación.» En esto ya pocos opinarán como el Sr. Sabando, y casi todos, por el contrario, estimarán como muy sensible la pérdida de aquellas cartas.

En otro paquete se encontraba el testamento de Espronceda. «Aparecía escrito en medio pliego de papel sellado; constaba de ocho líneas, y contenía, sin fórmula alguna de las usuales, una declaración de carácter íntimo y respetable; el nombramiento de heredero; la fecha de 23 de Mayo de 1842, día de la muerte del testador, y las firmas de tres testigos, personas muy caracterizadas, de ellas una el entonces Patriarca de las Indias, poco después Arzobispo de Toledo y Cardenal Bonel y Orbe.»

Dice el Sr. Sabando que, sin poder contenerse, dobló el testamento y le metió en el bolsillo, con ánimo de hacerle llegar a la persona en él interesada; pero que inmediatamente le sacó y volvió a colocarle en el mismo sitio que ocupaba en el legajo. «¿Cómo y por qué—se pregunta—estaba allí tan importante documento? ¿Qué había sucedido; cuál y cuán grande había sido la confusión ocasionada por la muerte en la casa del joven poeta? ¿Cómo aquel testamento, que no era válido por falta de un requisito esencial, pues le autorizaban sólo tres testigos y faltaba el escribano, cuya intervención era indispensable si no concurrían más testigos, según la legislación de aquel tiempo, no se convalidó judicialmente, convalidación entonces facilísima y después absolutamente imposible? ¿Quién le dejó a manera de papel sin importancia y no le entregó en copia legal, después de convalidado y protocolizado, a la única persona directamente interesada, o a quien legítimamente la representara? ¿Qué habían hecho los testigos? ¿qué los amigos íntimos del testador?» Hoy, con conocimiento de otro testamento de Espronceda, hecho con todos los requisitos de la ley, podemos conje-

turar que aquél sólo era un borrador o esbozo, inutilizado por el documento definitivo (18).

En otro paquete, Sabando encontró dos documentos de interés: una certificación expedida por don Alberto Lista, toda de su puño y letra, comprensiva de los estudios que en el colegio de San Mateo había hecho Espronceda, y una proposición incidental, autógrafa, que en la sesión del Congreso del 7 de mayo, días antes de su muerte, había formulado el poeta, aunque no llegó a presentarla, contra el diputado electo don Patricio Olavarría. El Sr. Sabando guardó estos dos documentos.

«Observando—añade—que nadie entraba..., abrió mi amigo el baúl que he calificado de «Biblioteca póstuma de Espronceda». Contenía en su amplia cavidad la obra titulada *Dictionnaire de la conversation et de la lecture*, obra entonces de consulta, como ahora lo es el *Diccionario* de Pierre Larousse para los periodistas. Eran ciento diez y seis tomos en rústica, en 8.º francés prolongado. La curiosidad me impulsó a remover aquella masa de libros para cerciorarme de si existía señal de haber utilizado algunos su propietario: el cuchillo de marfil o de madera no había rasgado una sola hoja; todos estaban como al salir de los estantes o pilas del librero.»

A continuación añade el Sr. Sabando:

«Trece años tuve en mi poder, guardados, según la frase vulgar, como oro en paño, los dos autógrafos a que me he referido, hasta que en 1873, queriendo darles para lo sucesivo noble colocación y buena custodia, fui a ver

(18) Del testamento de Espronceda, conservado en el Archivo Municipal de Madrid, publicó copia Cascales (*D. José de Espronceda*, pág. 343.)

a D. Juan Eugenio Hartzenbusch y anunciarle mi propósito de regalarlos a la Biblioteca Nacional, cuya dirección tenía a su cargo. Agradeció sobremanera mi oferta, con tanto mayor motivo cuanto que allí, según me dijo, no había absolutamente nada de Espronceda. Al referirle lo ocurrido con el testamento, y que había vuelto a dejarle entre los papeles, exclamó, llevando la mano a la frente: «¿Qué hizo usted, Dios mío, qué hizo usted? ¡Si ha andado y anda desolada la familia buscando ese documento!» (19).

Lamenta, por último, el Sr. Sabando la pérdida de los papeles y libros de Espronceda, y se pregunta: «¿Qué había sido de aquel depósito? El encargado de recogerlo ¿no cumplió su cometido, o, no dando a los papeles y libros más importancia que la que les había dado mi nada literato amigo, utilizó los primeros para envoltorios y los segundos en alguna tienda de las llamadas librerías de viejo?»

De lamentar ciertamente es que aquellas memorias de Espronceda, como muchas de otros hombres ilustres, se hayan perdido para siempre sin haber prestado sus materiales a la literatura biográfica.

(19) Los dos documentos de referencia se conservan, efectivamente, en la sección de manuscritos de la *Biblioteca Nacional*.



PATRICIO de la Escosura, íntimo amigo de Espronceda, conocedor perfecto de su persona y hechos, se encargó de desmentir en cuatro palabras la fama de impiedad, cinismo y vida desenfadada que siguió al autor de *El Diablo Mundo* después de su muerte, y que fué originada en parte por los convencionales alardes románticos del mismo poeta, y en parte por la nociva admiración de algunos de sus amigos, románticos *de tumba y hachero*, que de ese modo creyeron darle una aureola más gloriosa. Con amplitud habló de este asunto José Cascales.

De la bondad, generosidad y nobleza que encerraba el alma de Espronceda, están convencidos cuantos le conocieron. El mismo Escosura, refiriéndose a la niñez y mocedad del poeta, escribe lo siguiente: «Espronceda era entonces lo que Dios le había hecho, y lo que a un muchacho de diez a once años de edad correspondía: de su persona, gentil, simpático, ágil; de entendimiento claro, de temperamento sanguíneo y a la violencia propenso; de ánimo audaz hasta frisar en lo temerario, y de carácter petulante, alegre, y más inclinado a los ejercicios del cuerpo que al sedentario estudio.—Y Espronceda era también, además, entrañable y constante en sus afectos; reverenciaba a su madre, no obstante sus asperezas y bruscas genialidades; quería muy de veras a sus amigos; tenía un corazón de sobra predisuelto al amor, y si algún sínto-

ma en su niñez se quisiera encontrar, que anunciar pudiese lo que ya hombre le hicieron los sucesos y las circunstancias, sería preciso buscarlo mucho más en la fogosidad de su temperamento y en la exaltación de su fantasía, que en el fondo de su alma, que Dios le había dado generosa y tierna» (20).

En su discurso necrológico pronunciado el día del entierro de Espronceda, decía don Joaquín María López: «Como particular, amigo sincero, siempre franco y siempre generoso, cautivaba las voluntades y bastaba acercársele para quererlo con entusiasmo.» Y lo mismo afirmaron cuantos conocieron a Espronceda.

¿Es posible que esas cualidades innatas cambiasen por la fuerza de las circunstancias? De ninguna manera. No cambia así el alma de un hombre como Espronceda. Valera, que conoció al poeta año y medio antes de su muerte, nos testifica que seguía siendo un hombre decidor, simpático y sin asomo de malas pasiones.

Desde sus primeros años, y esto ya es cosa muy diferente, Espronceda, como dijo el marqués de la Pezuela, y repitió luego Escosura, fué un *buscarruidos*. Sus travesuras, y las del grupo que con él formaban el mismo Escosura, Ventura de la Vega y otros, son proverbiales. Véase lo que escribe el general Fernández de Córdova, con referencia al famoso *Parnasillo*: «Diré sólo que, acompañando habitualmente a Ros y a Escosura, sentábame yo entre los más jóvenes y alborotados, prefiriendo los chistes y epigramas de Ventura de la Vega y Espronceda, los cuen-

(20) *Reminiscencias biográficas*, en *La Ilustración Española y Americana*, 1876.



D. Patricio de la Escosura



tos inagotables y de inagotable gracia de Carnerero, y los versos que constantemente improvisaba Bretón de los Herreros, a la seriedad de Bautista Alonso, de Gil y Zárate, de Lafuente, Caballero, Olózaga, González Brabo, Pacheco, Donoso Cortés y de otros, generalmente engrescados en interminables y para mí aburridísimas discusiones literarias, que ingenuamente confieso apenas entendía entonces, ni entendería ahora. Algunas veces, después de tomar algo en el café, salía en compañía de todos los jóvenes ya citados y de algunos otros que no puedo recordar ahora, formando parte de la *Partida del Trueno*—que con este nombre la conoció Madrid—en busca de aventuras y de lances por las calles de la capital, vigiladas apenas por los serenos y malísimamente alumbradas por los raros faroles del pésimo aceite que el Municipio suministraba. Larra una noche, con un cubo de almazarrón de que se había provisto y una brocha, embadurnó toda la caja amarilla del *cabriolé* del Duque de Alba, que a la puerta de una casa esperaba con otros coches, no pudiendo reconocerlo el mismo Duque cuando salió, por más que al despertar el cochero le asegurase que era aquel su propio vehículo. Otra de las diversiones de Espronceda y de sus amigos consistía en atar el extremo de una cuerda al coche que más cerca del puesto de una castañera estacionase, y el otro extremo al cajón de la castañera misma, procurando de este modo, al arrancar el coche, la caída y momentáneo arrastre de castañera, cajón, castañas y puchero. Casi todos aquellos calaveras salían a sus endiabladas expediciones armados de sendas cerbatanas, con cuyos proyectiles diestramente lanzados ametrallaban cristales de tiendas,

bacias de barberos, faroles de alumbrado, y aun a muchos pacíficos y retrasados transeuntes. El uso de estos instrumentos produjo varios conflictos en Madrid, y fué al cabo prohibido por la autoridad. Otras noches la *Partida* hacía irrupción en alguna casa modesta en que se celebrase sarao o tertulia, y del comedimiento y cortesía pasaba pronto al uso de bromas imposibles de tolerar por los dueños de la casa, terminando las reuniones a cintarazos ordinariamente» (21).

Confesemos que estas chanzas no eran del mejor gusto; pero sin que nos autoricen a considerar a sus autores como jóvenes depravados y disolutos.

Tuvo también Espronceda sus puntas y ribetes de espadachín. Refiriéndose a las persecuciones que en sus años mozos sufrieron ambos por intervenir en política, escribe: «En circunstancias tales, la dignidad humana se reconcentra en sí misma; cada individuo de ánimo generoso busca la compensación de lo que, como ciudadano, siente que le falta en su propia entidad personal, en eso que se llama el *punto de honra*, y que si, llevado al exceso, constituye el crimen del duelista de profesión, dentro de ciertos límites, y en la mocedad sobre todo, no pasa de ser simpático pecado de hidalgos calaveras.— No he menester decir, ni del gran poeta, ni de su insignificante amigo, que, a Dios gracias, nunca fueron lo primero, aunque es verdad que en lo segundo incurrieron» (22).

(21) *Mis memorias intimas, por el Teniente General Don Fernando Fernández de Córdoba, Marqués de Mendigorría*, t. I, página 188.

(22) *Obras poéticas...* de Espronceda, pág. 31.

Y el Marqués de Cabriñana nos cuenta un episodio curiosísimo, que por ello he de trasladar aquí. Es el siguiente:

«Con motivo de un artículo suscrito por el antiguo periodista moderado D. Andrés Borrego, se consideró ofendido D. Luis González Brabo, que era entonces (1837) de ideas avanzadas.

«Solicitó Borrego el concurso de su correligionario el Sr. Marqués de Viluma, y no pudiendo acceder éste a sus deseos por el alto puesto que ocupaba, designó para que le reemplazase a su hermano menor D. Juan de la Pezuela, coronel de Caballería, que fué padrino de Borrego en unión del Sr. Bienvenida, también coronel de la misma arma.

»Representaban a González Brabo el malogrado poeta D. José Espronceda, celebrado autor de *El Diablo Mundo*, y el Conde de las Navas, hombre muy irascible y de carácter violento.

»Las condiciones propuestas por estos últimos, y aceptadas por los primeros con marcada repugnancia, fueron: que el lance se realizaría a la pistola, apuntando y avanzando ambos adversarios hasta que uno de los dos quedara fuera de combate.

»Los contendientes llegaron al terreno; pero el duelo tuvo que suspenderse porque una de las pistolas estaba inutilizada.

»D. Luis González Brabo consideró el lance definitivamente terminado y rehusó un nuevo encuentro; en vista de lo cual los padrinos de Borrego redactaron un acta relatando lo ocurrido, en términos que Espronceda consideró ofensivos para la representación que ostentaba.

»Exigió con violencia una reparación por las armas a

Pezuela, y aceptado por éste el nuevo reto, concertaron inmediatamente un duelo a sable, del que fué testigo único el general Ros de Olano.

»El encuentro tuvo lugar detrás de las tapias del cementerio de San Martín, y Espronceda recibió una fuerte contusión en el dedo pulgar de la mano derecha.

»Trató Ros de Olano de dar por terminado el lance, pero, excitado Espronceda por su herida, desoyó los ruegos del único testigo y juez de campo, y avanzando con inusitada furia y violencia, llegó a arrinconar a su adversario, que no podía romper más, adosado, como estaba, a las tapias del cementerio.

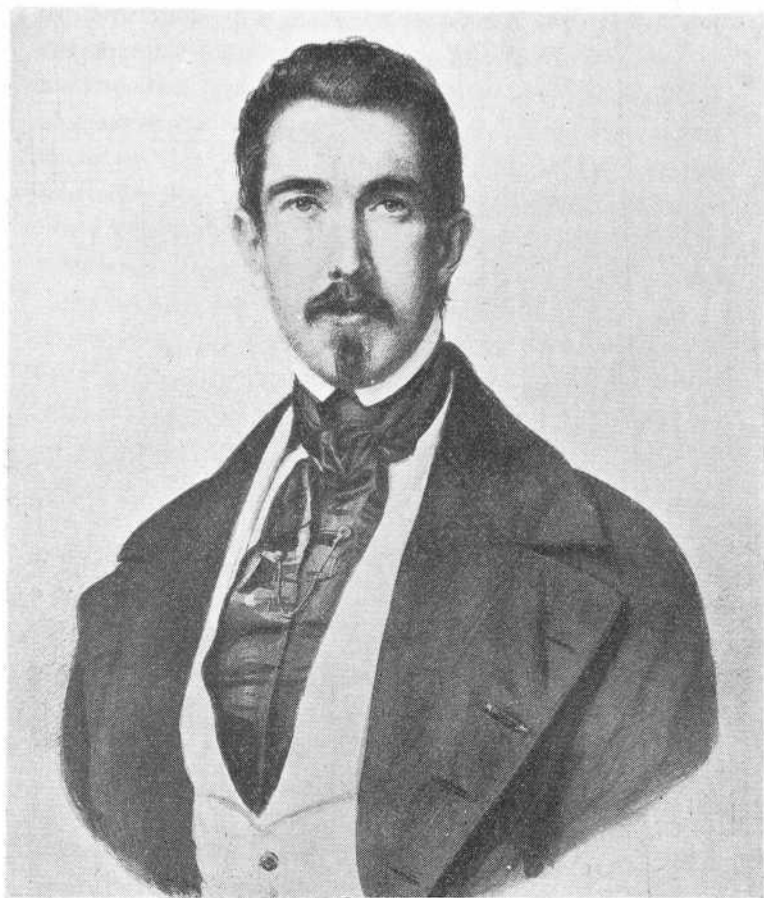
»Pezuela tenía mayor dominio del sable que Espronceda; quería a éste como a un hermano, y trataba de contenerle, sin herirle nuevamente; pero el furioso poeta seguía arremetiéndole, sin escuchar las voces de Ros de Olano, y entonces su adversario le descargó una tremenda cuchillada, que dió con él en tierra, rompiéndole una clavícula.

»La antigua y sincera amistad de los dos compañeros del *Parnasillo* se reanudó inmediatamente, y el ilustre Conde de Cheste lamentó siempre este duelo, al que fué llevado, más que por su propia voluntad, por los sentimientos de honor y dignidad que son innatos en todo buen militar y caballero» (23).

Pero si Espronceda en su juventud mereció con justicia, según la frase de Escosura, el título de *calavera hi-*

(23) Marqués de Cabriñana: *Lances entre caballeros*, pág. 168.

No fué el hecho en 1837, como dice el marqués de Cabriñana, sino en 1839, con motivo de los violentos ataques que González Brabo (*Ibrahim Clarete*) dirigía en su famoso periódico *El Guiri-*



D. Juan de la Pezuela, conde de Cheste

dalgo, ni entonces ni nunca abrigó en su alma sentimientos depravados. Sus frases de pesimismo o desesperación, sus sarcásticas imprecaciones, son, cuando no fórmulas del romanticismo byroniano, arranques de un temperamento hiperestésico o de una fantasía desbordada, nunca producto de una deliberada reflexión. Así se explican sus contradicciones y sus bruscas sacudidas sentimentales. Apelemos una vez más al testimonio de los que le conocieron y trataron. Don Joaquín María López, en el aludido discurso necrológico, decía así: «Espronceda no había nacido, ciertamente, para vivir mucho. Su extrema sensibilidad debía hacer que sus impresiones fuesen más continuas y más profundas. Y las cosas que pasan por el alma de los hombres comunes, rozándose apenas, y como resbalándose sobre su tosca superficie, hacían en el alma del que lloramos una ancha herida, que ni el tiempo mismo podía cerrar, porque se alimentaba siempre viva con el culto que daba a los recuerdos. Su imaginación era un volcán y su corazón un abismo.»

Gran parte de la culpa en la falsa leyenda que siguió a Espronceda, aparte de su merecida fama de *buscarruidos* y de su culto a la moda romántica, se debe a don Antonio Ferrer del Río. Fué Ferrer del Río hombre de no común talento, que de taquígrafo de las Cortes y de comisionista de libros pasó a ser literato renombrado; pero no se distinguió precisamente por su buena intención. Siempre que pudo—y así se observa en su *Galería de la*

gay a los moderados, y que Borrego vituperó en *El Correo Nacional*, del que era director.

Dato curioso. Las pistolas empleadas por González Brabo y Borrego en su duelo, eran las mismas que en 1836 habían servido para el desafío entre Mendizábal e Istúriz.

Literatura Española y en sus muchos artículos de crítica—, esparció alguna sombra en la reputación de sus contemporáneos. Reconocía, sí, sus méritos, y hasta los encarecía en forma muy exacta y expresiva; pero allí donde encontraba un punto flaco le ponía tan de relieve, y con doblez tan exquisita, que un pequeño defecto hacía pensar al lector en gravísimas faltas. Con Zorrilla cometió varios desmanes, que el poeta vallisoletano dió a conocer en los *Recuerdos del tiempo viejo*. Respecto a Gertrudis Gómez de Avellaneda hizo algunas insinuaciones de la peor índole. A Martínez de la Rosa, a Bretón de los Herreros, a Donoso Cortés, a otros muchos, en fin, les dirigió también sus dardos (24).

Año y medio después de muerto Espronceda, en *El Laberinto* de 16 de noviembre de 1843, Ferrer del Río publicó una biografía de aquel poeta. En ella, a vuelta de cálidos elogios, decía ya cosas como estas: «Ya decaída en gran manera su salud por lo azaroso y desordenado de su vida, recibió un rudo golpe con el viaje que hizo a la fría Holanda en la estación rigorosa de las nieves... Mas

(24) Copio a continuación, por lo ingeniosa, la semblanza que Manuel del Palacio hizo de Ferrer del Río:

Tradujo a Béranger cuando era mozo,
y una historia escribió de cabo a rabo;
para tomar las once toma un pavo,
se duerme andando, y ronca sin rebozo.

Tiene la anchura del brocal de un pozo,
imita en su resuello a un toro bravo,
y de fiyo tuviera, a ser esclavo,
la caldera del gas por calabozo.

Nadie hay que por su ingenio no le inciense;
mas dió un drama del Príncipe a la escena
y se oyeron los gritos en Orense;

de lo cual yo deduzco, no sin pena,
que no existe un autor que mejor piense,
sumando lo que come y lo que cena.

no son la sencilla virtud ni la fe religiosa las que caracterizan el siglo de Espronceda; así es que las nieblas del escepticismo ciñeron desde muy temprano su fantasía, y como los impulsos de su noble espíritu carecían de objeto en su época, el hastío más profundo gastó en su lozanía el poderoso corazón del gran poeta.»

En 1846 publicó Ferrer del Río su tomo de *Galería de la Literatura Española*, y en él insertó esta biografía, corregida y aumentada. Suprimió los párrafos arriba citados, pero en cambio añadió otros como los siguientes: «Impetuoso el cantor de Pelayo y sin cauce natural a su inmenso raudal de vida, se desbordó con furia gastando su ardor bizarro en desenfrenados placeres y crapulosos festines: a haber poseído inmensos caudales, fuera el *Don Juan Tenorio* del siglo XIX... Gallardo de apostura, airoso de porte y dotado de varonil belleza, le hacía aun más interesante la tinta melancólica que empañaba su rostro: cediendo a los impulsos de su corazón, centro de generosidad y nobleza, pudiera haber figurado como rey de la moda entre la juventud de toda ciudad donde fijara su residencia; mas abrumado por sus ideas de hastío y desengaño, pervertía a los que se doblaban a su vasallaje. Hacía gala de mofarse insolente de la sociedad en públicas reuniones, y a escondidas gozaba en aliviar los padecimientos de sus semejantes: renegaba en la mesa de un café de todo sentimiento caritativo, y al retirarse solo, se quedaría sin un real por socorrer la miseria de un pobre. Cuando Madrid gemía desolado y afligido por el cólera morbo, se metía en casas ajenas a cuidar los enfermos y consolar los moribundos. Espronceda en su tiempo venía a ser una joya caída en un lodazal donde había perdido todo su esmalte

y trocádose en escoria. Se hacía querer de cuantos le trataban y a todos sus vicios sabía poner cierto sello de grandeza: hace tres años y medio que le lloramos sus amigos; desde entonces luce de continuo sobre su sepulcro una guirnalda de siemprevivas.»

Cierto que Ferrer de Río insiste en el «noble espíritu», el «corazón generoso» y los sentimientos caritativos de Espronceda; pero no sin añadir lo de los «desenfrenados placeres y crapulosos festines» (!), las «ideas de hastío y desengaño», los alardes de escarnio hacia la sociedad, y, lo que es peor—cosa absolutamente imposible en quien tiene un corazón generoso—, sus artes de perversión para quienes «se doblaban a su vasallaje» (25). Y como esta biografía de Ferrer del Río se reprodujo al frente de las *Poesías* de Espronceda en las ediciones de Garnier, que han sido las más corrientes, y aun en casi todas las demás, he aquí cómo ha venido principalmente a formarse esa idea sobre el autor de *El Diablo Mundo*.

Por eso Patricio de la Escosura trató de poner la verdad en su punto. Y he aquí de qué modo vino a resumir la cuestión:

«Hubo una época de su vida en que el desdichado Espronceda, porque en amor se había engañado, y a más de una *Jarifa* después trató acaso duramente, aunque no tan mal como todas ellas lo merecían, llegó, no diré a creerse, pero sí a desear que el mundo le creyese un se-

(25) Ya hemos visto que Zorrilla, en palabras antes copiadas, a más de decir que a Espronceda «la política y los amigos le dieron un carácter y una reputación ficticia», y que «las medianías vulgares le han calumniado después de su muerte», da a entender claramente que no era Espronceda quien pervertía a sus amigos, sino sus amigos a él.



D. Antonio Ferrer del Río

gundo Don Juan Tenorio; pero yo debo aquí declarar en voz muy alta, porque así me consta, porque así lo creo en conciencia, porque así cumple a la justicia a los muertos debida, porque, en fin, así lo exige la honra de un nombre que me interesa mucho como literato, más como español, y, más todavía que por todo eso, porque los nietos del autor de *El Estudiante* llevan juntamente, y antes que el apellido de *Espronceda*, el de *Escosura*; debo declarar, repito, que no conozco, que no hay, que es imposible citar en la vida de mi caro amigo una sola circunstancia que le haga capaz del dictado de *segundo Don Juan Tenorio*, excepción hecha de su varonil apostura y de las muchas dotes que para ser amado tenía. Caballero a toda ley con hombres y mujeres, buen hijo, tierno padre, entrañable amigo, ¿dónde están los varones por él engañados?, ¿dónde las doncellas por él seducidas y burladas?, ¿cuáles son sus sacrílegas tropelías?—No se confundan, no, porque son cosas muy distintas, las pasiones ardientes, las calaveradas excéntricas, las frases tan temerarias como se quiera, y hasta las inconveniencias mismas de un mozo, por comunes infortunios amorosos excepcionalmente conducido a un estado de febril exaltación, con las perfidias galantes y las no envidiables hazañas de *El Burlador de Sevilla*.—Espronceda fué, y no me cansaré de repetirlo, más hipócrita del vicio y de la impiedad, que impío y vicioso realmente» (26).

En una palabra, uno de tantos románticos, más notorio por más insigne, que mostraron al exterior, como dice

(26) *Obras poéticas...* de Espronceda, pág. 57.

Menéndez Pelayo, «la corteza de su tiempo», y aparecieron como escépticos y como viciosos sin serlo (27).

Los mismos poetas que lloraron en verso la muerte de Espronceda, hicieron hincapié en las delicadezas espirituales y sublime inspiración del poeta, sin sacar a cuento su pretendida relajación. Así, por ejemplo, Enrique Gil y Carrasco, en la composición leída ante la tumba del poeta:

Aguila hermosa que hasta el sol subías,
que los torrentes de su luz bebías,
y luego en rauda vuelo
rastros de luz e inspiración traías
al enlutado sueño:

¿quién llevará las glorias españolas
por los tendidos ámbitos del mundo?
¿Quién las hambrientas oías
del olvido y su piélagos profundo
bastará a detener? Tus claros ojos
no lanzan ya celestes resplandores:
fríos yacen tus incógnitos despojos:
faltó el impulso al corazón y al alma:
en las ramas del sauce de tu tumba
el arpa enmudeció de los amores,
y de tu noche en el silencio y calma
trémula y dolorida el aura zumba.

(27) En esto coinciden ya cuantos tratan de Espronceda. Véanse dos ejemplos: «No hay que tomar muy por lo serio la desesperación de este filósofo de la casa llana, que se va a un burdel a descifrar entre los brazos de Jarifa el enigma del destino humano... Su voz es la voz que se oye entonces en toda la Europa literaria. Es la lamentación sonora de la legión romántica, que va paseando por el mundo las quiméricas pompas de su espíritu.» (Antonio Cortón, *Espronceda*, pág. 111). «Metafísicamente, Espronceda es un alma cándida y una más cándida inteligencia. Hoy ya sabemos que Espronceda fué bastante buen católico, y por genialidad puede pasar la de algunos críticos que han querido descubrir una filosofía de la duda y del pesimismo en este poeta.» (César Barja, *Libros y autores modernos*, pág. 209).

Aunque muy rípiosamente, el ultraromántico Romero Larrañaga dijo algo parecido, también en el entierro de Espronceda:

Ahora que esconde del cantor divino
 los nobles restos la marmórea losa,
 marchita en flor su juventud preciosa,
 de grandes genios singular destino;
 y ahora que, acaso, kasta su tumba vino
 desde el empíreo el alma generosa,
 a llevarse en sus alas la amistosa
 guirnalda triste que el deber previno:
 llorad, llorad en su sepulcro yerto,
 para tamaño mal remedio escaso;
 mas guardad un consuelo, aunque encubierto:
 se hundió ese sol en su brillante ocaso;
 su luz no morirá, como no ha muerto
 el sol de Byron, Dante y Garcilaso.

Ros de Olano, alzándose contra la opinión que juzgaba dura y torcidamente al poeta, terminaba así su soneto *Recordando el entierro de Espronceda*:

¡Poeta del pesar!... De la clemente
 tumba que de los vivos te separa,
 rompe la losa con tu férrea mano...
 Canta el *himno a la muerte* que inspirara
 a tu virtud el infortunio humano,
 y escupe al vulgo hipócrita en la cara (28).

Así decía Gabino Tejado, en una silva *A Espronceda*:

Midió la inmensidad con su mirada,
 la comprendió y la amó. —Cárcel el mundo
 fué de entonces, y tétrica morada

(28) En la *Revista de España* y luego en *Poesías*, pág. 46.

a su inmortal espíritu fecundo,
con el Cielo soñó, y alzando el vuelo,
fué a despertar en el soñado Cielo (29)

Julián Romea le dedicó el siguiente soneto, bajo el título de *A la tumba de Calderón, el día después de la muerte de Espronceda*:

Perdona, Calderón, si lleva inciertas
mis voces hasta ti la pena mía,
que traigo a saludar tu tumba fría
hondas heridas en el alma abiertas:

La avara sepultura abrió sus puertas,
y el noble amigo que mi amor tenía,
que yo abrazaba cuando Dios quería,
ya no me tiende, no, sus manos yertas.

Acoge tierno en la morada santa
al sol caído en su lozana aurora;
dile que sólo en desventura tanta

lágrimas tengo que ofrecerle ahora:
que si al recuerdo del dolor se canta,
ante la causa del dolor se llora (30).

Eusebio Asquerino, por su parte, se expresaba de este modo:

Con fe sencilla, pura,
y corazón de fuego, navegando
por un mar de ventura,
embriagado en su amor y en su hermosa
iban dulces tus horas espirando.

Cuanto la fantasía
pudo crear de bello y esplendente,
soñaba tu alma un día
bañada en luz, perfume y armonía
y adormida en su seno blandamente.

(29) *A Espronceda*, en *El Laberinto* de 16 septiembre 1844.

(30) *Poesías de D. Julián Romea*, pág. 127.

Pero ¡ay! desvanecido
 el ilusorio prisma, en sus enojos
 tu corazón herido
 lanzó un desgarrador, hondo gemido,
 que hace brotar el llanto de los ojos.

Y hasta en la fría losa
 se estremeció tal vez la imagen yerta
 de la que un tiempo hermosa,
 reflejó la ilusión esplendorosa,
 ya con el velo funeral cubierta (31).

Carlos Rubio, después de glosar amplia y vagamente
 los deliquios amorosos del *Canto a Teresa*, exclama:

Tal fué tu historia, oh poeta,
 tu breve y doliente historia
 que muchas gentes calumnian
 porque la comprenden pocas.

En tus febriles ensueños
 esos sueños, que aun se ignora
 si son del edén divino
 revelación o memoria,
 descender viste del cielo
 el ángel puro que dora
 los sueños de los poetas
 con la luz de su aureola.

El te ofreció sonriendo
 la áurea cincelada copa
 en que venenosas mieles
 entre diamantes rebosan:
 fueron sus ojos tu cielo,
 su amor tu ilusión dichosa,
 imitó su voz tu lira,
 resumió tu vida toda...

(31) A *Espronceda*, en *Poesías*, pág. 93.

Pasó el sueño, voló el ángel,
 como estaba luminosa
 dejando en las leves auras
 un rayo de luz y aurora (32).

Todavía muchos años después, Salvador Rueda vió en Espronceda, no al poeta disoluto y réprobo, sino el alma encendida y pura, el resplandor de los destellos románticos, y así le evocó en su hiperbólico verbo:

Alma que acerba fuiste como un raudal de llanto,
 alma que en lumbre viva temblaste sin sosiego,
 alma que como lámpara quemaste tu óleo santo
 hecho una llama trágica que dió gritos de fuego:

Ardió como un relámpago tu resistencia fuerte,
 ardió, y ardió seguida tu juventud briosa,
 como si la lechuza terrible de la Muerte
 chupara de tu vida la esencia milagrosa...

Tu vida fué haz de ramas rugiendo y crepitando,
 hecha de cañas frágiles y hecha de oívo verde,
 que sube en haz de lenguas horrible rebramando,
 y estalla, y truena, y grita, y zumba, y silba, y muerde.

¡Oh, gran candelá lírica de lenguas destrenzadas!

¡Oh, corazón que ardiente lanzaste hirviente lloro,
 y al cielo dirigiste tus rojas lumbraradas
 cual surtidor gigante de mil arcos de oro!

¡Quién consiguiera darte de nuevo ardor y vida;
 decir sobre tu losa: ¡Levántate, Poeta!

Remueve de tus huesos la esencia adormecida
 y sé otra vez rey, héroe, y arcángel y poeta!... (33)

(32) *En la tumba de Espronceda*, en el *Museo Universal* de 2 octubre 1864.

(33) *Espronceda*. Se publicó en *Nuevo Mundo* de 9 abril 1908, con la siguiente nota: «Poesía leída maravillosamente por Ricardo Calvo en la velada a Espronceda que se celebró en el Centro del Ejército y de la Armada la noche del 30 de marzo pasado, y que fanatizó de entusiasmo al público, el cual invadió,

Más impetuoso y enardecido le vió Manuel Reina en su bella poesía *A Espronceda*:

¡Cuánto labio apagó tu sed ardiente
y cuánto corazón templa su brío
en tu canto magnífico y doliente.
como en brillante y clamoroso río!

Tu alma de fuego, combatiente bravo,
fué, para los altivos patriotas,
hoguera a cuya luz un pueblo esclavo
vió para siempre sus cadenas rotas.

Y tu vibrante genio impetuoso,
de tempestades y fulgores lleno,
—jinete en un caballo poderoso,
libre de riendas y acerado freno—,
recuerda por su audacia y sus proezas
al héroe vencedor en cien batallas,
que asaltó inexpugnables fortalezas,
con su corcel salvando las murallas...

Si Manuel Reina en esa composición, y otros poetas en las suyas aluden alguna vez al Espronceda rebelde, lo hacen como de pasada y ocultándole bajo los esplendores del Espronceda genial y glorioso.

Quien más hondamente comprendió la psicología de Espronceda, y así lo demostró en repetidas ocasiones, fué don Juan Valera. Se me permitirá que traslade a continuación algunos de los párrafos que con este motivo escribió:

«Veinte meses antes de la muerte de Espronceda, le conocí y traté yo en mi primera mocedad, casi en mi ni-

sin poder contenerse, el escenario, en medio de una ovación indescriptible.» Figura también en las *Poesías completas*, de Salvador Rueda.

Por iniciativa de Antonio Cartón, habíase conmemorado en aquellos días el centenario del nacimiento de Espronceda.

ñez, hallándonos ambos en los baños de Carratraca. El culto que él daba al mundo, suponiendo, no sé por qué, que el mundo se le exigía, estaba tan bien dado que no dejaba traslucir el feroz entretenimiento que él nos dice que por entonces tenía de arrancarse del pecho el corazón a pedazos. Espronceda, al contrario, nunca faltaba en bailes, ni en tertulias, ni en giras campestres. Con su arrogante figura, con su amena conversación y con su galantería, embelesaba y hasta enamoraba a las más guapas y elegantes señoras y señoritas que había entonces allí. Toda la juventud masculina le rodeaba, le reía los chistes y le aplaudía y le admiraba cuando recitaba sus versos. Sólo alguno que otro caballero solía amostazarse por el fervor apasionado con que su novia charlaba con el poeta y por la tibieza, y hasta por el desdén, con que desde que ella conoció al poeta trató al prosaico y desventurado novio. En suma, al ver al poeta en su vida real, nadie, a no ser un prodigioso zahorí de conciencias humanas y un perspicaz sabidor de patología interna, hubiera podido adivinar que Espronceda estuviese ya herido de muerte, ni en el cuerpo ni en el alma, sino que alma y cuerpo prometían aún larga duración y muchos triunfos, no bien él sentase la cabeza, como vulgarmente se dice.

»No niego yo la sinceridad de su dolor profundo, de su desesperación blasfema y de no pocos otros furores suyos, pero me inclino a creer que todo ello era momentáneo y sentido sólo cuando el estro le picaba y él componía sus hermosos versos; pero que en prosa no era ni con mucho tan desventurado, sino sobre poco más o menos como los demás mortales.

«La extraña mezcla de sublimidad patética y de irreflexiva depravación, que en los versos a Teresa y a Jarifa se admiran y se celebran al par que se deploran, tienen por disculpa, en cuanto hay en ellos de poco razonable, la moda romántica llevada al extremo y la absoluta carencia de premeditación y de reposo. Sólo por esto podemos perdonar a Espronceda que a la mujer para quien soñó conquistar un trono, llamándola ángel, serafín, blanco lucero que iluminó con luz celestial la dorada mañana de su vida, la injurie luego, aun cuando sea compadeciéndola, y la llame lodo inmundo, fétido fango y charco de aguas corrompidas: mujer de quien se avergüenzan sus hijos y hasta el nombre de madre le niegan. Y todo ello como espantosa expiación de un pecado, al que contribuyó el poeta y del que gustó mientras fué en su provecho» (34).



Dió Zorrilla a conocer una anécdota de Espronceda, por todo extremo curiosa (35). De suponer es que Zorrilla la conociera por boca del mismo Espronceda, o de alguien

(34) *Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX*, t. V, página 204.

(35) *La Ilustración Ibérica*, 1884, núm. 74.

a quien éste se la hubiera referido; de modo que, aun dadas las circunstancias un tanto inverosímiles de que la tal anécdota está rodeada, debemos tenerla por cierta.

De advertir es que, por la época en que Zorrilla publicó sus artículos *Espectros caseros*, en que la anécdota se halla contenida, mostraba sus asomos de supersticioso. A decir verdad, siempre tuvo algo de tal, o a lo menos aparentó serlo, tal vez para dar más misterioso atractivo a los relatos que gustaba de componer en rica y jugosa prosa. Basta leer los amenísimos *Recuerdos del tiempo viejo* para ver con qué frecuencia da entrada al elemento sobrenatural y fatalista.

Precisamente en la misma *Ilustración Ibérica*, donde publicó el artículo a que me refiero, había insertado poco antes otros titulados *Ruidos, miedos y supersticiones caseras* (36), donde, si bien rechazaba las creencias supersticiosas como contrarias a la fe y al sentido común, las explicaba como producto de la inquieta fantasía popular y acababa por decirse una vez más protagonista en varios hechos de carácter fantástico. «La superstición—decía— es el germen de miles de perjudicialísimos errores; engen-

(36) *La Ilustración Ibérica*, 1883, núms. 15, 16 y 18.

No deja de ser curioso esto que escribe Zorrilla. «De los miedos y ruidos caseros—escribe—, cuya causa fácil e inmediatamente se descubre, no hay para qué citar ejemplos; todo el mundo sabe el caso de aquel que entrando en el aposento de su abuela, cuyo cadáver estaba enterrado en el cementerio, salió espantado de haberla vuelto a hallar acostada en su lecho, tocada con su misma cofia; y era una mona, que había hecho lo que mil veces había visto hacer a la difunta.» Es el caso que este hecho fantástico y misterioso de haber visto a su abuela, mucho antes muerta, en la habitación de su casa, sentada en el sillón acostumbrado, es uno de los que Zorrilla, en los *Recuerdos del tiempo viejo*, dice ser uno de los que a él le ocurrieron en su niñez.

dra los miedos a las brujas y a los fantasmas, a quienes no puede dar cuerpo su fantástico terror; su reino es el vacío, su escena las tinieblas, su esencia la nada; pero es la madre y la propagadora del fanatismo, de la fatalidad, de las sectas y de las herejías; y sin embargo las supersticiones serán inextinguibles: la humanidad seguirá creyendo, temiendo y asustándose de sombras y vaciedades, a pesar de la instrucción, el sentido práctico y el progreso de los siglos»

Mas he aquí que a renglón seguido añade Zorrilla: «Hay empero en mi vida dos o tres fantásticos rumores, dos casos de ruido y miedo caseros, con cuya causa misteriosa no pude dar, aunque debieron tenerla natural.» Le ocurrieron estos casos hallándose en Méjico. En dos sitios distintos, y en uno de ellos por espacio de varios días, pudo oír pasos de una persona invisible, que poco a poco avanzaba hacia la habitación donde él se encontraba, y que resonaban a su lado, sin que humanamente pudiera saberse quién producía el ruido.

Conservaba, pues, Zorrilla la inclinación a lo fantástico y extraordinario. Algo de ello asoma en la anécdota relativa a Espronceda, aunque tampoco haya motivo para dudar de su autenticidad. Véase cómo la refiere:

«De miedos caseros a muertos y aparecidos, he aquí uno del cual ignoro si alguno de los biógrafos de Espronceda hace mención, aunque ninguno la hará, porque a los hombres célebres les sucede lo que a los héroes de las novelas, que sólo se les coloca en situaciones poéticas y sólo se les hace personajes de poema, descartando de su biografía todo lo prosaico, vulgar y común a todos los mor-

tales que vivimos en la tierra, sujetos a todas las vicisitudes de la vida mundanal.

»Espronceda vivió dominado por el demonio de la política, en la cual no dió nunca pelota ni sacó de ella maldito el provecho. En la algarada del Pirineo, que atravesó con un grupo de patriotas, a quienes los realistas dispersaron, obligándoles a volverse a meter en Francia, por Canfranc, sucedió que, rezagado de los suyos, como poco acostumbrado a andar a pie en fatigas de campamento, llegó a un pueblucho francés, al cual muchos de sus compañeros habían antes llegado. Era boca de noche, y al pedir hospedaje en una posada, de las que allí todavía no se llamaban *hôtel*, sino *auberge*, le respondieron que todos los cuartos estaban ocupados por extranjeros que de repente habían llegado; pero que, como probablemente todos debían de ser compatriotas suyos, podría ver si alguno quería partir, con él, aposento y lecho.

»Metióse Espronceda, asendereado, famélico y soñoliento, de corredor en corredor y de cuarto en cuarto, y viendo una sala, en la cual un cabo de vela espirante y los últimos tizones de una chimenea, dejaban ver una cama de matrimonio, cuyo corrido cortinaje le anunciaba que alguien bajo de él se guarecía, fuése resueltamente al lecho, y hallando la mitad que con la pared tocaba ocupada por un hombre con gorro de dormir, que allí, al parecer, tranquilamente dormía, despojóse de sus ropas y ocupó la mitad vacía del amplio lecho, diciendo sólo a su compañero:

»—Dispense, amigo, mañana pagaremos la cama a medias.

»El acostado, dormido o resignado, no respondió, y el

fatigado Espronceda entró en ese estado de beatitud deliciosa en la cual, entre la vigilia y el sueño, no se da uno cuenta ni de sí mismo ni de lo que le rodea.

»Impidióle, sin embargo, caer en macizo y profundo sueño, la entrada en la sala de una doncella de servicio, que después de echar a la cama una mirada recelosa, se arrodilló ante la chimenea y se dispuso a extinguir el fuego y preparar el aposento para la noche. Una mujer era siempre objeto de curiosidad para Espronceda, y luchando con su somnolencia y su cansancio, hacía lo posible por ver la catadura de la recién entrada. Casi tras ella se introdujo de puntillas en la cámara un mozo, que empezó a requebrar, primero, y a cosquillear después a la pizpireta muchacha, juego que comenzaba a divertir a Espronceda, que discurría un medio de interrumpirlo muy distinto del que le obligó a ello.

»Insistía el mozo en sus cosquillas y rechazábale victoriosamente la muchacha, cuando ésta exclamó de repente:

»—¡Ya basta, aunque no sea más que por respeto al muerto que está en esa cama!

»Tiende la mano Espronceda hacia su compañero, y hallándole frío y rígido, salta de la cama; tómanle por el muerto los enamorados servidores, y salen los tres corriendo, poniendo en conmoción y susto a toda la casa.

»El muerto era un viajero a cuya mujer se habían llevado piadosamente a casa de unos parientes, y cuyo lugar había tomado Espronceda.»

Otra anécdota de Espronceda nos cuenta don Antonio Ros de Olano, de poca monta ciertamente, pero no falta de gracia. En un artículo, raro e incoherente como casi

todos sus escritos, dedicado a encarecer el gracejo de cierto maestro Malaguilla, zapatero de Granada, y en general el de todos los andaluces, Ros de Olano cuenta el siguiente caso:

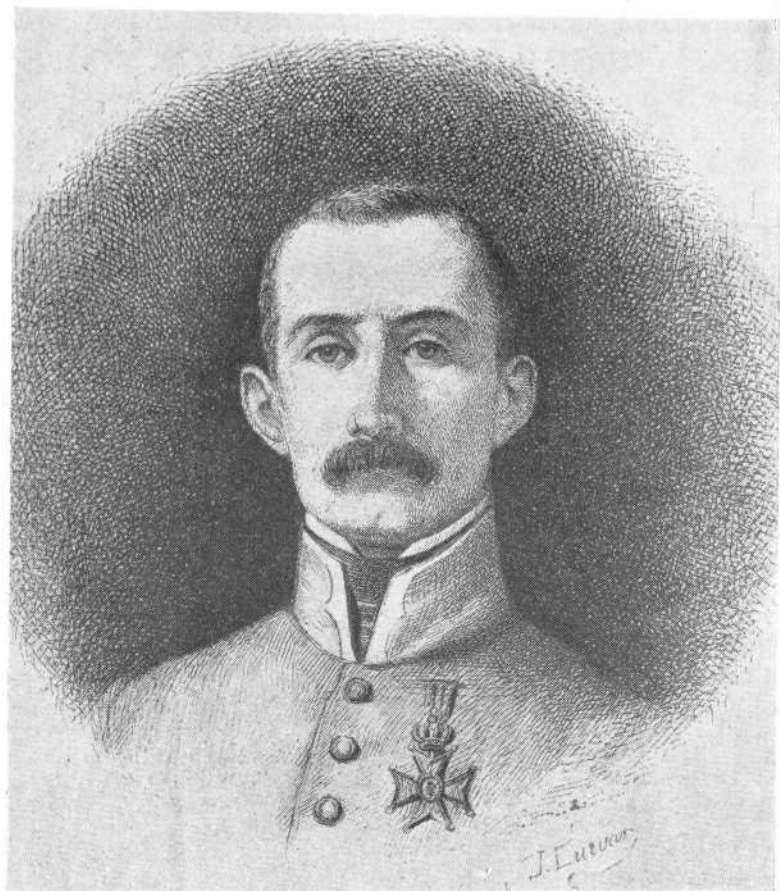
»Desde muy mozo tengo yo por hábito y pasatiempo el ir leyendo los rótulos de las tiendas, mientras ando por las calles. En esos reclamos, desde la forma de letras, pasando a la Ortografía, y de ella a la Sintaxis, y de aquí a los recursos que los mercaderes emplean para enaltecer su comercio, probidad, baratura en competencia, etc., etcétera, incluso aquellos manuscritos detenidos, anónimos de industriales vergonzantes, tales como memorialistas, encajeras, bordadoras, agentes de oriadas, etc., etc., todos los registro y me paro a lo bobo ante ellos, expuesto a que me hurten el pañuelo. A propósito, me acuden a la memoria dos letreros antiguos, ya borrados por la educación progresiva o por muerte de aquellos que los ingeniaron.

»Diré el primero.

»Españoleando por la Carrera de San Gerónimo de arriba a abajo, y vuelta atrás, ando y me paro, en fiel pareja con mi inolvidable amigo Espronceda, allí en un portalillo angosto, vimos levantada sobre un trípode de pino una enorme pecera, y pegado a ella un papel con letras gordas en el cual se leía:

»*Se vende y se aplica lo más fino de San Guíjuelas.*

»Entróse Espronceda en el portal oscuro, y encarándose con un mozo de aspecto desenfadado que adentro estaba, sin más ni más le interpelló diciendo: *Diga Vd., ¿quién le ha dado autoridad de Papa para añadir un santo a la corte celestial y venderle a pedazos lo más fino?*



D. Antonio Ros de Olano.

«Respondió sin turbarse el vendedor de su hacienda:
 «—Dígame, señor mío, ¿Vd. no ha visto que haya en el cielo algún santo llamado Petrillo? Pues yo conozco a un señor que se llama San Petrillo. Lo que se ve es que Vd. no sabe gramática. *San* se escribe siempre ese grande, y *guijuelas* es nombre propio de cosa superior como la que está ahí dentro, y que si Vd. conviene en que se le aplique, verá si es fina o no.

«Soltó a reír mi amigo, y de aquella competencia los honores del triunfo, como tendrán presumido los lectores, quedaron por el joven vendedor de sanguijuelas. Hubo elogios, mediaron ofrecimientos recíprocos, y el satisfecho mozo nos dijo, por último, que de no encontrarle allí, lo hallaríamos a nuestro servicio en el hospital del Buen Suceso, donde asistía en calidad de practicante suplente» (37).



Lo relativo a los amores de Espronceda con Teresa, al lugar en que la conoció y al que sirvió de escenario a su raptó, es cosa que anda muy confusa, por lo cual

(37) *El maestro Maiaguilla*, en la *Revista de España*, tomo 68 (mayo y junio 1879).

cada biógrafo ha echado por un camino. Unos creen que la conoció en Lisboa; otros, en Londres; otros, finalmente, en París.

Indudablemente, donde conoció Espronceda a Teresa fué en Portugal. Así lo dijo don Antonio Ferrer del Río, primer biógrafo de Espronceda, y así lo refirió con numerosos pormenores don Enrique Rodríguez Solís, el cual, si bien dió al relato cierto carácter imaginativo y novelesco, evidentemente había recibido informes fidedignos de alguna persona bien enterada, de seguro perteneciente a la misma familia del poeta. Así lo demuestra el hecho de que conociera los nombres del padre de Teresa y del comerciante español que con ella casó en Londres, si bien los nombró solamente por sus iniciales (38).

En Lisboa, pues, conoció Espronceda a Teresa. El coronel Mancha, padre de la joven, estaba preso en el castillo de San Jorge. Allí estaba también Espronceda. El coronel Mancha era ya veterano en la cuestión de levantamientos e intentonas revolucionarias. Tomó parte en la fracasada sublevación de Lacy en Barcelona, y a consecuencia de ello tuvo que emigrar a América. Volvió a España al triunfar la revolución de 1820; formó parte del llamado *batallón sagrado*, que en julio de 1822 venció la sublevación de la Guardia Real; pasó luego a Cataluña y luchó incansablemente contra las partidas realistas que

(38) Es evidente que Rodríguez Solís se informó bien al escribir su libro *Espronceda. Su tiempo, su vida y sus obras*. A la terminación, bajo el título de *Agradecimiento*, expresa los nombres de las personas que le habían proporcionado los datos, y entre ellas figuran amigos tan íntimos de Espronceda como Miguel de los Santos Alvarez y Antonio Ros de Olano. También hubo de facilitarle datos, y seguramente recortes de periódicos relativos a Espronceda, la hija del poeta, doña Blanca.

recorrían todo el país; en 1823, al entrar en España las tropas del duque de Angulema, tomó parte activa en las operaciones del ejército de Ballesteros, y, al capitular éste con los franceses, emigró a Portugal. Espronceda comenzaba entonces su *carrera de conspirador*, que había de quedar cortada en flor. No obstante, sus manejos no eran simples chiquilladas, ni tan inofensivos como se ha pretendido, según lo demuestra la importancia que les daban las autoridades españolas, y que puede confirmarse en los documentos publicados por Cascales (apéndice núm. 5 al libro *José de Espronceda*).

Espronceda, a lo que resulta, estuvo preso en Portugal hasta agosto de 1827. Entonces marchó a Londres, donde ya estaba el coronel Mancha desde algún tiempo antes. ¿Resolvió Espronceda ir a Inglaterra por encontrar nuevamente a Teresa, o porque no se le ofrecía otro camino? Acaso ambas cosas a la vez.

En Londres estuvo Espronceda hasta fines de 1828 o principios de 1829. Entonces marchó a Francia, con detención en Bruselas. En 17 de abril del citado 1829 las autoridades españolas cursaban despachos comunicando la llegada a París «de los llamados Juan Antonio Arnáiz y José Espronceda», y encarecían la adopción de medidas rigurosas para impedir su entrada en España, por suponerse que venían como emisarios secretos del general Mina (39).

¿Había ya raptado entonces Espronceda a Teresa, y la llevaba consigo de Londres a Francia? Puede afirmarse que no, así como también que Teresa no se había ca-

(39) Cascales, ob. cit., pág. 324 y sgtes.

sado todavía con el comerciante don Gregorio del Bayo. Precisamente en febrero del mismo año se insertaba en *El Emigrado Observador*—uno de los periódicos que los emigrados españoles publicaban en Londres—, aquel anuncio que decía así: «Las hijas del coronel Mancha bordan con el mayor primor brazaletes, sacando de esta industria auxilios para socorrer su indigencia honrada.»

Según don Balbino Cortés, la fuga de los dos amantes ocurrió en el otoño de 1831 (concretamente, el 16 de octubre), y tuvo su punto de partida en el hotel Favart, de París. La fecha parece segura, y en cuanto al lugar, no hay tampoco razón para ponerle en duda. Ha tenido don Balbino Cortés la desdicha de que, cuando no ha sido fácil compaginar sus informes, muy interesantes, por lo que se refiere a las figuras de la época romántica, con otros ya conocidos o supuestos, se le haya acusado de falsedad como medio más fácil para explicar la contradicción. Y no hay motivo para semejantes imputaciones. Podría engañarle la memoria en unas cosas o no estar absolutamente informado de otras; pero no debemos dudar de su buena fe. Su íntima amistad con Espronceda está demostrada. No tenía, pues, por qué inventar nada.

Pero es el caso que en un artículo muy curioso, original del notable escritor uruguayo Horacio Maldonado, y publicado en 1926 (40), se dan noticias de muy buena tinta, que parecen oponerse a las de don Balbino Cortés. Por él, pues, venimos a saber que Espronceda tuvo estrechas relaciones con el político uruguayo don Cándido

(40) *Espronceda y el uruguayo don Cándido Juanicó*, en *El Sol* de 22 septiembre 1926.

Juanicó, y hasta conocemos una carta del autor de *El Diablo Mundo*, en que se revela la intervención que Juanicó tuvo en el asunto de Teresa.

Horacio Maldonado, pues, dice lo siguiente: «Hallándose en Londres D. Cándido Juanicó, prestó él a Espronceda el frac para un sarao donde el poeta había de concertar con Teresa, esposa de un caballero inglés, su huída a París. En París vivió algún tiempo con Teresa; después, al dirigirse a la frontera española, encomienda a su amigo que durante su ausencia vele por su idolatrada Teresa...» Dejando a un lado lo del marido de Teresa, que no era inglés, sino español residente en Londres, resulta que fué en la capital de Inglaterra donde los dos amantes concertaron la fuga. Por otra parte, el relato de don Balbino Cortés, en que se dice que la fuga se efectuó desde París, donde Teresa estaba con su marido, debe considerarse como cierto, salvo los pormenores novelescos que agregó Rodríguez Solís. ¿Cómo explicar todo esto? Tratemos de conciliar los hechos.

Teresa, evidentemente, casó con don Gregorio del Bayo entre 1829 y 1831. Por entonces, como ya hemos visto, Espronceda se encontraba ya en París. Es seguro que durante ese tiempo el poeta fué alguna vez a Londres, y entonces, en la forma que dice Maldonado, concertó la fuga con su amada, y aun convino en efectuarla desde París. A causa de sus negocios, don Gregorio del Bayo iría frecuentemente a la capital de Francia, y nada más fácil para Teresa que conseguir acompañarle. Incluso sabría ya el poeta el hotel donde su amada había de alojarse. Por todo lo cual, si el relato de don Balbino Cortés es en el fondo exacto, hay que convenir en que el encuentro de

Espronceda con Teresa en el hotel Favart no fué ni pudo ser casual, y que el poeta engañó lindamente a sus tres amigos si así se lo hizo creer. El detalle del par de botas y el par de zapatos colocados a la puerta del cuarto del hotel, es indudablemente cierto, y por él llegaría Espronceda a saber que su amada había llegado ya de Londres.

El poeta y Teresa vivieron algún tiempo en París. Dice Rodríguez Solís que habitaron «primero en un piso segundo interior en la rotonda del *Pasaje del Panorama*, que abandonaron, ansiosos de aire y de luz, trasladándose a una linda casita de Passy, llena de árboles, de pájaros y flores». Estas noticias son a todas luces exactas. Estas cosas no se inventan. La persona que informaba a Rodríguez Solís para su biografía—seguramente, como ya he indicado, Blanca de Espronceda, hija del poeta y de Teresa—tenía datos suficientes para conocer bien todos estos pormenores.

En 1832, después de la *amnistía Cristina*, Espronceda resuelve volver a España. Para ello, se dirige a Bayona, y entretanto deja a Teresa en París bajo el cuidado de su amigo el uruguayo don Cándido Juanicó. Este envía luego a Teresa a Bayona, y allí se juntan los dos amantes. Entonces Espronceda escribe a Juanicó la siguiente carta:

«Mi querido Juanicó: Llegó por fin mi Teresa a alegrar mi destierro y a regocijar con su vista mi corazón. Aunque ya sabía yo los buenos oficios de usted, ella me ha contado de usted tanta fineza y pruebas de amistad, que yo le juro a usted, a fe de caballero, que le he de querer como a mi mejor amigo mientras me dure la vida, y que antes han de faltar las estrellas, que se minore mi agra-

decimiento. Muchas han sido mis pesadumbres; pero el amor de mi Teresa me las ha disipado ya, y el recuerdo de mis amigos las han (*sic*) aliviado al mismo tiempo.

»Siento no poderle decir a usted nada de nuevo. Yo ya va para un mes que discurro por donde enlazan sus aguas al Adur y el Nive, respirando el aire puro de las montañas de mi patria. He estado en las orillas del Bidasoa, he trepado a la cumbre de la muralla que defiende la Francia y he tenido fijos los ojos más de una hora en el inmenso baluarte que hace dos años tuve que atravesar arma al ombro (*sic*) y cantando himnos, y que ahora pasará pacíficamente y tan callado como un cartujo (41). ¡Singular condición de las cosas humanas! O como decía un poeta ramplón de otro tiempo en malísimos versos:

»Aprended, flores, de mi
lo que va de ayer a hoy:
que ayer maravilla fui
y hoy sombra mía no soy.

»O lo que es lo mismo, que yo en otro tiempo entré con intención de dictar leyes, y hoy vuelvo muy satisfecho a recibirlas y que me dejen en paz. A pesar de los sitios románticos que he recorrido, de la sublimidad del Pirene, de la magnificencia del opulento Nereo, que ya he visto alzarse furioso hasta las cimas, ya besar humilde la planta de este soberbio gigante que le sujeta, mi pobre cabeza no ha brotado ni siquiera un verso. ¡Tan ocupada estaba

(41) Alude Espronceda a su entrada en España con la expedición revolucionaria de don Joaquín de Pablo (*Chapalangarra*), y que atravesó la frontera en septiembre de 1830.

del único pensamiento que siempre la agita y que llena todo mi corazón!

»Adios, mi querido Juanicó; dé usted expresiones y abrazos a Ochoa (42), y si usted quiere que esta correspondencia no dé fin con esta malhadada carta, respóndame usted, y así tendremos el placer de saber uno de otro desde Madrid, de donde le he de contar a usted maravillas.

»Adios, suyo de todo corazón.—*J. de Espronceda.*»

El poeta entró en España con Teresa. Lo que después ocurrió es de todos conocido.

(42) Se ve que Espronceda no hace referencia a Balbino Cortés y sus hermanos. Acaso no estarían ya en París, o no los conocería Juanicó.

II

POCA fortuna tuvo Espronceda en lo relativo a la conservación y depuración de sus poesías. Un siglo después de su muerte, aún el lector que desee conocer la producción del gran poeta extremeño se expone a ser víctima de graves engaños. Por ello es necesario hacer aquí las debidas aclaraciones.

La primera edición de las *Poesías* de Espronceda se hizo en 1840, esto es, dos años antes de morir el poeta. Llevaba un prólogo de José García de Villalta, en el que decía lo siguiente: «Mientras, ausente el poeta, nos afanamos sus amigos en completar la colección, más por honra de nuestra época y de la musa y del habla castellana, que por obsequio al autor, cuya modestia y abandono generoso, proverbial entre cuantos le conocen, habría hecho su cooperación difícilísima, anímanos en nuestra halagüeña tarea la certidumbre de que es verdaderamente popular este trabajo y de verdadera importancia para la literatura española reunir en un solo cuerpo esos preciosos fragmentos y composiciones sueltas, perlas de nuestro Parnaso, que ya

en manuscritos, ya en incorrectas publicaciones, han circulado con aplauso universal, y en nuestros días inaudito.»

Y añadía: «Sólo deploramos los amigos de Espronceda, que a pesar de nuestro esmero, puedan haberse deslizado algunas pequeñas incorrecciones tipográficas en el discurso de la obra; pues no hallándose en Madrid el autor, no hemos podido solventar las dudas de poca consecuencia, y mucho menos nos hemos tomado la presuntuosa libertad de profanar el texto.»

Esto de decir un libro editado sin el conocimiento o iniciativa del autor, que por lo general encubre una ficción para dar mayor importancia al autor y al libro, era en este caso a todas luces cierto. Espronceda fué para sus versos un tanto despreocupado. Sólo *El Diablo Mundo* pareció despertar un poco su atención; y que tampoco le trató con demasiado interés, lo demuestra el hecho de que, muy lejos todavía de terminar el poema, a medida que escribía los cantos, y sin tiempo, por tanto, para corregirlos, los daba al público por entregas. En cuanto a la publicación de sus poesías, poco o nada le preocupaba. Por Larra, que en 1835 alude a «el fatídico grito que uno de nuestros amigos acaba de poner atinadísimamente por estribillo a un trozo de poesía romántica», sabemos que Espronceda tenía ya compuesto a principios de aquel año *El reo de muerte*; y sin embargo esta poesía, una de las más famosas de su autor, no se publicó hasta 1837. Manuscrita anduvo también, y tuvo honda repercusión en los medios románticos, otra poesía de Espronceda, el *Canto del Cruzado*; y ni apareció en ningún periódico, ni entró en el tomo de las *Poesías*. Sólo en 1884, cuarenta y

dos años después de muerto el poeta, la dió a conocer Patricio de la Escosura.

En 1839, cuando se preparaba la citada primera edición de las *Poesías* de Espronceda (el prólogo de Villalta lleva fecha de junio de aquel año), el poeta andaba por las provincias andaluzas, en viaje de propaganda política. Ya hemos visto que ni siquiera pudieron consultarle sus amigos algunas pequeñas dudas que se les ofrecieron en el texto. En algunas de las poesías, publicadas anteriormente en los periódicos, se observan ligerísimos cambios de palabras, hechos seguramente por Espronceda (43); pero los habría hecho antes de preparada la edición.

Está probado que algunas poesías de Espronceda quedaron excluidas de esta primera edición, bien por olvido de los editores, bien por deseo expreso del autor, cosa ésta más probable. Ferrer del Río, en la biografía de Espronceda que insertó en la *Galería de la literatura española* y sirvió de prólogo a las *Poesías* de aquél, en varias de sus ediciones, decía lo siguiente: «Existen en los periódicos algunas de sus poesías sueltas: en *el Español*, dos fragmentos de una leyenda, *El Templario*; en *el Pensamiento*, un romance a *Laura*; en *el Iris*, estrofas de una oda a la *traslación de las cenizas de Napoleón* y un fragmento de *El diablo mundo*, titulado *El angel y el poeta*; en *el Labriego*, una composición al *Dos de Mayo*.»

Quedaban, pues, como poesías de indudable autenticidad, las insertas en la primera edición de las *Poesías* (44)

(43) V. Ch. Tisserand: *Pour une édition d'Espronceda* (en *Revue Hispanique*, junio 1919).

(44) Eran las siguientes: *A... Dedicándole estas poesías; Fragmentos de un poema titulado el Pelayo; Serenata; A una dama burlada; A la noche, romance; El Pescador; Oscar y Malvina; El*

y estas otras que menciona Ferrer del Río, publicadas todas en vida de Espronceda.

Los fragmentos de *El Templario*, publicados en *El Español*, forman parte del *Canto del Cruzado*, que Escosura insertó en las *Obras poéticas y escritos en prosa*, de Espronceda. De este cuento romántico se ha hablado antes.

La elegía *El Dos de Mayo*, publicada en *El Labriego* y más tarde por Escosura en el apéndice de su discurso de ingreso en la Academia, es una de las poesías más conocidas de Espronceda. Ferrer del Río, en su aludida biografía de Espronceda, cuenta las circunstancias en que fué escrita. Fué en 1840, durante los acontecimientos que precedieron a la regencia de Espartero. «Entonces—escribe Ferrer del Río—iba a reventar la mina cargada de combustible hasta la boca, y para que la explosión fuera más terrible y espantosa, compuso Espronceda la poesía que hemos citado. Allí describía con mágica vehemencia el afrentoso espectáculo de la corte de Carlos IV vendida a los franceses, como se creía en 1808, y la heroicidad del pueblo madrileño, como la reconoce la historia.»

El Angel y el Poeta, fragmento de *El Diablo Mundo*, se publicó en el número 1.º de *El Iris*, correspondiente al 7 de febrero de 1841. No fué éste el único fragmento de *El Diablo Mundo* que quedó sin incorporar al poema. Miguel de los Santos Alvarez, en su continuación de *El*

combate (parte del anterior); *Al sol, himno*; *La cautiva*; *Canción del Pirata*; *El canto del Cosaco*; *El mendigo*; *El reo de muerte*; *El verdugo*; *A la muerte de Torrijos y sus compañeros*; *A la muerte de D. Joaquín de Pablo (Chapalangarra)*; *Despedida del patriota griego de la hija del apóstata*; *¡Guerra!*; *A la patria, elegía*; *Soneto (A una rosa)*; *A una estrella*; *A Jarifa en una orgía*; *El estudiante de Salamanca*.

Diablo Mundo, dió a conocer otro; y don Gumersindo Laverde agregó otro más, que don Leopoldo Augusto de Cueto le había proporcionado del original autógrafo.

También *El Iris*, en su número 4, correspondiente al 28 de febrero del mismo año 1841, publicó los fragmentos de la poesía *A la traslación de las cenizas de Napoleón*, título que Escosura, sin decir la razón, cambió por el de *A la degradación de Europa*.

Otra poesía de Espronceda, no mencionada por Ferrer del Río, vió la luz en vida del poeta. Es el romance *Raya la naciente luna*, que apareció precisamente en el último número de *El Artista*, inmediatamente antes del artículo en que los editores de aquella revista se despedían de sus lectores. Iba sólo suscrito con las iniciales *J. de E.* Don Gumersindo Laverde le extrajo de *El Artista* y le dió cabida en las *Páginas olvidadas*.

Muerto Espronceda, aun se publicaron en los periódicos algunas poesías bajo su atribución.

En el *Semanario Pintoresco Español* de 27 de julio de 1851 se publicó un *Fragmento* formado por tres octavas que empiezan: *Y a la luz del crepúsculo serena*. Casi con toda seguridad puede afirmarse que fué Miguel de los Santos Alvarez quien proporcionó esta poesía al *Semanario*.

En *La Ilustración* de 1853 se publicó la titulada *A una ciega*. Es indudablemente auténtica, no sólo por su tono general, sino porque tiene algunos versos en blanco o inconclusos, cosa que demuestra, como se observa también en otras ocasiones, que Espronceda la dejó sin terminar, y por eso no la dió al público. Debe de corresponder, por su corte romántico de iniciación, a los años de 1835.

En *La América* se publicaron otras dos poesías inéditas de Espronceda. En el número 3 de 1865, los tercetos *A Don Diego de Alvear*; en el número 9 de 1866, las octavillas de *Las quejas de su amor*.

Era director de *La América* Eduardo Asquerino, que, como su hermano Eusebio, había conocido a Espronceda y había nacido a la poesía bajo la influencia que ejerciera el autor de *El Pirata*. En su leyenda *Horas perdidas* (1844), Eduardo Asquerino había seguido preferentemente las huellas de *El Diablo Mundo*, bien que sin elevarse a considerables alturas. No hubiera insertado, pues, en *La América* las dos poesías de Espronceda sin constarle su autenticidad, y corroborada se halla ésta, respecto a *Las quejas de su amor*, con el autógrafo, que aún se conserva.

Las dos son, a no dudar, obra de la mocedad de Espronceda, anteriores a su iniciación romántica. Los tercetos a Alvear llaman la atención por su perfecta factura clásica, reveladora por sí sola de que el poeta que componía aquellos versos podía codearse con los mejores (45). *Las quejas de su amor* es un ligero juguete, por el estilo de los de Martínez de la Rosa.

En 1869 se publicó en Sevilla un folleto de 72 páginas, bajo el título de *Obras inéditas y no coleccionadas de D. José de Espronceda* (46). Las poesías contenidas en

(45) Según una advertencia que en *La América* precedía a esta poesía, Espronceda la compuso en París a principios de 1830, con motivo del fallecimiento del brigadier de Marina don Diego de Alvear, e iba dedicada al hijo de éste, que había sido discípulo de Espronceda en los Estudios de San Mateo.

(46) No he conseguido ver este folleto, pero Cascales, que le califica de *rarísimo*, da el índice de su contenido. (Cascales: *D. José de Espronceda. Su época, su vida y sus obras*, pág. 264. Idem, *Obras poéticas de José de Espronceda*, pág. 8). Parece re-

este folleto pasaron en 1872 al libro *Páginas olvidadas de D. José de Espronceda*, preparado por don Gumersindo Laverde (47).

Incluyó por de pronto Laverde en este tomo las poesías sueltas impresas en los periódicos, y que arriba quedan citadas: *El Templario*, *El Dos de Mayo*, *El Angel y el Poeta*, *A la traslación de las cenizas de Napoleón*, el romance *Raya la naciente luna*, *A una ciega*, *A Don Carlos de Alvear* y *Las quejas de su amor*.

Entre las demás poesías que incluyó Laverde, algunas pertenecen a Espronceda sin duda de ningún género. Son las siguientes:

A la Señora de Torrijos. Romance. Lleva la siguiente nota: «Debemos a la fina amistad del eminente literato señor de Cueto la copia que de este romance le facilitó la misma señora Condesa de Torrijos. A continuación de él escribió Espronceda las siguientes líneas: —«Muy señora mía: Sírvase V. admitir este pequeño obsequio en cumplimiento de las ofertas que no cumplí. He venido a despedirme de V. para Burdeos; y, con el sentimiento de no haberla visto, me ofrezco a sus pies como su más respetuoso servidor.—JOSÉ DE ESPRONCEDA.»

Octava real. La siguiente nota parece que deja en claro su autenticidad: «Improvisada en un banquete que se celebró el 10 de Octubre de 1831 con motivo de haber

saltar que el editor de dicho folleto era el mismo don Gumersindo Laverde.

(47) Consulto la segunda edición: *Páginas olvidadas de D. José de Espronceda.—Segunda adición.—Madrid, 1875.* En 1882 se hizo otra edición, que se llamó también *segunda: Páginas olvidadas de D. José de Espronceda.—Segunda edición.—Madrid, Librería de Simón y Osler, 1882.*

S. M. la Reina Doña María Cristina distribuído las banderas a los diferentes cuerpos de la guarnición de Madrid, y entre ellos al de Guardias de la real persona, del cual era individuo Espronceda por aquel entonces.»

A Carolina Coronado. En su número de 5 de julio de 1840, el periódico madrileño *El Entreacto*, dirigido por Miguel Agustín Príncipe, publicaba una poesía titulada *A la mariposa*, y en un encabezamiento, suscrito por *M. A. P.* (Príncipe), se decía: «Nuestro antiguo colaborador Don Juan Eugenio Hartzenbusch nos remite para su inserción en nuestras columnas, dos composiciones líricas, debidas a la pluma de una señorita extremeña cuyo nombre sentimos no estar autorizados para poder revelar... La primera de dichas composiciones participa de la ligereza y vaguedad de la *Mariposa* que le sirve de asunto, mientras la segunda, dirigida a la *Palma*, inspira a la escritora imágenes llenas de robustez y energía, al través de las cuales se descubre una razón superior a la edad de diez y siete años. Nuestra poetisa desconfía, en su modestia, de poder ceñir a su frente las hojas del árbol a que dedica su canto; pero el feliz desempeño de ambos poemas indica bastante cuán adelantada se halla en el camino de la gloria.» Una nota al pie dice que, después de ajustado el número, recibían autorización para estampar la firma de la joven poetisa; y, efectivamente, así lo hacían, pero poniendo, por error de imprenta sin duda, *Catalina Coronado*. En aquel número de *El Entreacto* se insertó únicamente *A la mariposa*; en el siguiente, *A la palma*.

Fué entonces, pues, cuando Espronceda escribió su composición *A Carolina Coronado después de leída su com-*

posición "A la palma". Carolina no tuvo noticia de esta composición hasta muchos años después. «Yo—escribía la poetisa a don José Cascales en 1910—no conocí a Espronceda porque no vino a Extremadura, y cuando me trasladé a Madrid, con mi familia, ya hacía ocho o diez años que Espronceda había muerto. Entonces me leyeron los poetas del Liceo los versos que me había dedicado cuando se publicó mi oda *A la palma*. En esta ocasión escribí unas octavas a la marquesa de Monsalud, aludiendo al nacimiento de Espronceda en su palacio» (48).

Serenata. Es la que empieza: *Despierta, hermosa señora*. Laverde, en una nota, dice que tomaba esta poesía y otras tres—un *Fragmento* en octavas, la *Canción báquica* y *La vuelta del Cruzado*—, «publicadas con el pseudónimo de *Luis Senra y Palomares*, de un tomo manuscrito de poesías que tuvo la curiosidad de ir formando, para salvarlas del olvido, el erudito literato y bibliófilo salmantino D. José Bonilla y Ruiz, ya difunto.» Efectivamente, esa serenata pertenece al acto segundo del drama *Amor venga sus agravios*, escrito en colaboración, bajo el seudónimo de *Luis Senra y Palomares*, por Espronceda y su amigo don Eugenio Moreno López, y estrenado en el Teatro del Príncipe el día 28 de septiembre de 1838. Se cantaba dicha serenata con música del maestro Carnicer. Bien puede afirmarse que era de Espronceda y no de su colaborador.

Canción báquica. También del drama *Amor venga sus agravios*, en su acto quinto.

Fragmento en octavas que empieza: *Y a la luz del*

(48) Cascales, ob. cit., pág. 345.

serena. No tomaba Laverde este *Fragmento del Semanario Pintoresco Español*, donde, como queda dicho, se había publicado en 1851, sino del manuscrito de Bonilla.

La maga y su hijo. Indudable de Espronceda. Como que es el cuadro 1.º del acto 5.º de la tragedia *Blanca de Borbón*.

A Guardia. De este soneto dice Escosura: «En el movimiento antirrevolucionario de 1841, que costó la vida al General León y otros militares, fué herido de muerte el Sr. Guardia, Fiscal de la Milicia Nacional de Madrid.» Consta, en efecto, que Espronceda escribió este soneto de regreso de un viaje por Murcia y Valencia.

Pero si legítimamente podemos agregar a la producción poética de Espronceda estas composiciones incluídas por Laverde en las *Páginas olvidadas*, hay otras en el mismo tomo que, o positivamente no son de Espronceda, u ofrecen escasísimas probabilidades de serlo. Y, sin embargo, han seguido imprimiéndose como auténticas.

Ya Patricio de la Escosura, al imprimir en 1884 las *Obras poéticas y escritos en prosa de Espronceda*, manifestaba sus dudas respecto a algunas de ellas. Escosura había sido íntimo amigo de Espronceda desde la niñez. El nos ha referido las primeras diabluras del poeta. Juntos estuvieron en la sociedad de *Los Numantinos* y juntos hicieron a las Musas sus primeras ofrendas. Tenía, pues, Escosura motivos sobrados para el cabal conocimiento de Espronceda y de sus poesías. Además, al editar las citadas *Obras poéticas y escritos en prosa* de Espronceda —que, por desgracia, no pasaron del primer tomo—, Escosura disponía de todos los originales y papeles que con-

servaba la hija del poeta, doña Blanca Espronceda, que le había encargado de la edición. Tal lo dice en la *Advertencia sobre los motivos y condiciones de esta edición*, al manifestar que «el que estas líneas suscribe... se encuentra hoy encargado por su hermana política Doña Blanca Espronceda de la Escosura, del ordenamiento y la corrección de ésta edición de las obras del que fué su mejor amigo.» Efectivamente, la hija del poeta era cuñada de don Patricio de la Escosura, por estar casada con el hermano de éste, don Narciso. Calcúlese, pues, si el editor del libro, por tales y tan importantes circunstancias, estaba en condiciones de conocer las poesías de Espronceda.

Y he aquí lo que decía respecto a dos de las composiciones insertas por Laverde en las *Páginas olvidadas*: «*La vuelta del Cruzado* es una composición de cuya autenticidad no nos da prueba alguna el Sr. Laverde, y tan pobre de pensamiento y en la versificación tan floja, que no podemos admitirla como obra de Espronceda, de cuyo estilo y manera no nos ofrece el menor rastro; omitámosla, pues, y ni el lector ni la fama de su pretendido autor pierden con ello (49)... Tenemos, por último, que omitir los flojos y desaliñados versos que, bajo el epígrafe de *Improvisación* acogió la excesiva indulgencia del Sr. Laverde en las *Páginas perdidas*. Si aquello es de Espronceda, que imposible nos parece, no sólo dormitaba al escribirlo su grande ingenio, como dicen que al

(49) Esto, sin embargo, es un grave descuido de Escosura. *La vuelta del Cruzado* es ni más ni menos que una canción inserta en *El canto del Cruzado*, y como tal la publicó el mismo Escosura. Aun se observa que en la versión de Laverde aparece ya terminada y corregida, cosa que no ocurre en la de Escosura.

del mismo Homero acontecerle solía, sino que debía estar en profundísimo letargo sumido.» Un poco exagera Escosura los defectos de *La vuelta del Cruzado*; mas ciertamente atribuir a Espronceda la *Improvisación*, es un delito de lesa literatura. Laverde, por otra parte, no intenta probar la autenticidad de ninguna de las dos.

A Matilde. Lleva la siguiente nota: «El Sr. Ferrer del Río, en su biografía de Espronceda, habla de un romance *A Laura* inserto en *El Pensamiento*. Aludía probablemente a esta composición, equivocando el nombre de la dama en ella cantada, pues con dicho título no se halla en aquel periódico romance alguno.»

Ni veo por qué Ferrer del Río había de cometer el error de escribir *A Laura* en vez de *A Matilde*, ni creo que en *El Pensamiento* se publicara con la firma de Espronceda ninguna poesía de este último título; de modo que ésta es una de las que debemos eliminar entre las atribuídas al autor de *El Diablo Mundo*.

A... Madrigal. Digna de particular atención es esta cuarteta que Laverde califica arbitrariamente de *madrigal*. Es la siguiente:

Son tus labios un rubí
partido por gala en dos,
arrancado para ti
de la corona de un dios.

Tiene Zorrilla una *Oriental*, conocidísima de todos los españoles, que empieza así:

Dueña de la negra toca,
la del morado monjil,
por un beso de tu boca
diera a Granada Boabdil;

y cuya sexta cuarteta dice de este modo:

Tus labios son un rubí
partido por gala en dos...
arrancado para ti
de la corona de un Dios.

¿De quién es esta cuarteta, de Espronceda o de Zorrilla? De este último, sin género alguno de duda.

Fué la oriental de *la negra toca* una de las primeras poesías que escribió Zorrilla, cuando aún era estudiante en Valladolid. Cuenta en los *Recuerdos del tiempo viejo* que, estando durante unas vacaciones escolares—las de 1835—en su casa paterna de Lerma, fué nombrado corregidor de aquella villa don Francisco Luis de Vallejo, y este funcionario, joven y culto, simpatizó con él. Recibióle un día en su casa, y pasaron varias horas en amena conversación de arte y literatura. «Recítome—escribe Zorrilla—veinte canciones italianas, para mí desconocidas, y encantóme con la de Zanotti, que lleva por estribillo aquel famoso *¡Oh giuramenti predda de venti!* Recítéle yo mi *Dueña de la negra toca*, y mi *Canto de Elvira*, con los versos a una Catalina, la moza más garrida que por entonces vivía en Lerma...» (50).

El mismo día en que Zorrilla se dió a conocer ante la tumba de Larra, esto es, el 15 de febrero de 1837, y como consecuencia de su triunfo, estuvo en casa de Donoso Cortés con varios amigos. «Recítéles—escribe—mi destaralada composición *A Venecia*, el romancillo de unos gomeles que corrían por la vega de Granada, y unas re-

(50) *Recuerdos del tiempo viejo*, t. I, pág. 194.

dondillas a una dueña de negra toca y monjil dorado, que sea dicho de paso y con perdón de mis admiradores, pero en Dios y en mi ánimo creo que no sabía yo entonces lo que era monjil, según el color morado episcopal de que le teñí» (51).

Y, efectivamente, Zorrilla dió cabida a esta oriental en las primeras páginas del primer tomo de sus *Poesías*, publicado a fines de 1837. ¿Cabe en cabeza humana suponer que, viviendo Espronceda, Zorrilla le usurpara una cuarteta, y que el autor de *A Jarifa* permaneciera indiferente ante el despojo?

Siendo esto así, ¿cómo se explica que Laverde incluyera esa cuarteta en las *Páginas olvidadas* de Espronceda, no sin bautizarla con el nada propio nombre de madrigal? Pues se explica como las demás falsas atribuciones cometidas en el mismo libro. Laverde, que en otras cosas mostró ser hombre tan ilustrado como prudente, al reunir estas *Páginas olvidadas* pecó de ligero. Tal vez se fió de lo que alguien le dijera al entregarle la cuarteta; tal vez encontró ésta entre algunos papeles de Espronceda, y quizá—ya veremos algún caso análogo—escrita de puño y letra del propio autor de *El Pirata*, y de buena fe—que ésta no se puede negar a Laverde—, se la adjudicó a él.

A un ruiseñor, soneto. Hermoso soneto es éste, digno por cierto de la pluma de Espronceda. ¿Por qué no nos dijo Laverde de dónde le tomaba? ¿Por qué hubo de dejarnos en esta duda, que, a falta de pruebas positivas, ha de resolverse necesariamente en sentido negativo? ¿Es posible, que, de conocer su procedencia, la hubiera ca-

llado, al paso que declaraba la de otras poesías muy inferiores?

Si Espronceda hubiese escrito este soneto antes de 1840, hubiera entrado en la primera edición de las *Poesías*, dado su mérito. De haberle compuesto entre 1840 y 1842, hubiera visto la luz en algún periódico, y no se sabe que esto sea así. Y, en todo caso, si estaba manuscrito, Laverde debió decir dónde tal manuscrito se conservaba y las garantías que ofrecía. Y como nada de esto dice, y como en otros casos, como ya hemos visto, también yerra Laverde, no podemos afirmar que el soneto *A un ruiñeñor* sea de Espronceda, sin negar, no obstante, la posibilidad de ello.

En 1884 publicó Escosura el primer tomo de las *Obras poéticas y escritos en prosa de Espronceda* (52). Disponía Escosura, como ya hemos visto, y como consignaba en la portada, de los manuscritos conservados por la hija

(52) *José de Espronceda. Obras poéticas y escritos en prosa. Colección completa enriquecida con varias producciones inéditas encontradas entre los papeles autógrafos del autor, ordenada por Don Patricio de la Escosura, Académico de la Española; publica la doña Blanca Espronceda de Escosura, hija única y heredera del insigne poeta.* Madrid, 1884.

En el periódico *La Epoca*, de 22 mayo 1882, había publicado Escosura varios de los trabajos que dió como inéditos en este libro: las poesías *Soledad del alma* y *Revoluciones del globo* y el artículo *La destrucción de nuestros antiguos monumentos artísticos*. Por cierto que al publicarse este número de *La Epoca*, Fernández Bremón, en *La Ilustración Española y Americana* (30 mayo 1882), escribió lo siguiente:

«*La Epoca* ha conmemorado, el 23 del corriente [fué el 22], el cuadragésimo aniversario de la muerte de Espronceda, el poeta del dolor y de la duda, publicando algunos trabajos inéditos y la biografía del autor de *El Diablo Mundo*, escrita por su íntimo e ilustre amigo D. Patricio de la Escosura. Una noticia extraña leemos en *La Epoca*: la colección completa de las obras de Es-

del poeta. A las poesías incluídas en la primera edición y a las publicadas por Laverde—con las excepciones que ya hemos señalado—, agregó las siguientes: *Canto del Cruzado*.—*Revoluciones del globo*.—*Soledad del alma*.—*Imitación del Cantar de los Cantares*.—*Dos romances*. Exceptuando la *Imitación del Cantar de los Cantares*, las demás son fragmentarias.

Por haber manejado Escosura a su talante los autógrafos y papeles de Espronceda, y por diversas circunstancias que en las citadas poesías concurren, hemos de tenerlas, indudablemente, por auténticas. Exceptuemos, no obstante, la titulada *Imitación del Cantar de los Cantares*. Podrá ser de Espronceda; pero no lo parece. Dijérase obra de algún poeta del siglo XVIII, que no caigo en quién pueda ser.

Andando los años, en 1897, el marqués de Jerez de los Caballeros, para ingresar en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, leyó un discurso sobre la Acade-

pronceda, publicadas e inéditas, hecha, en vista de los manuscritos que conserva la familia, por el citado y competente amigo del cantor de *El Pirata*, no encuentra editor que le dé a luz. Veinte años hace, se hubieran disputado la publicación de esa obra importante muchos editores. ¿Temen hoy que la popularidad del poeta muerto haya decrecido y que no inspiren interés sus manuscritos? Están equivocados. La fama de Espronceda se ha consolidado en este tiempo. No diremos que sea ya el poeta de la juventud, como lo era cuando empezamos a vivir: la juventud del día siente de otro modo: o cree o niega en absoluto; pero, si no son las obras de Espronceda las que informan el corazón del hombre en sus primeros pasos, y en esto no se ha perdido nada, por ser obras peligrosas como enseñanza, son y serán, por su mérito literario y su raudal de sentimiento poético, un libro de estudio, de meditación y de consulta para cuantos amen la verdadera poesía. Sus versos no han perdido su verdor y lozanía, y aun para el creyente son tristezas del que ha per-

mia del Mirto. Utilizó para ello los manuscritos de esta juvenil tertulia literaria, conservados por don Alberto Lista, que la patrocinó. «Es indudable—decía—que perteneció a ella D. José de Espronceda, que contaba al tiempo de su establecimiento la edad de trece años. Cuatro composiciones poéticas de este privilegiado ingenio se contienen en el manuscrito de que os hablé, y se titulan: *Romance a la mañana*, *Vida del campo*, *La Noche* (soneto) y *La tormenta de la noche*, todas inéditas, defectuosas, como versos de niño, pero revelando que el ingenio que las produjo había de remontarse a las cumbres del Parnaso.»

De estas cuatro poesías, el marqués de Jerez de los Caballeros imprimió en su discurso el soneto *La noche* y unas estrofas de la oda *Vida del campo*. ¿Son de Espronceda estas poesías? Hay que ponerlo muy en duda. *La vida del campo* es una traducción del *Beatus ille...*, obra evidente, no ya de un mozalbillo principiante, sino de un

dido la fe, y expresión de la amargura en que, sin ella, queda sumida el alma. La posteridad ha confirmado ya su reputación de gran poeta.

»Fáltóle, como dice muy bien D. Patricio de la Escosura, vivir más para aplacar con el sentimiento suave de la familia las fogosidades de su corazón: el tiempo y las vicisitudes de la vida doman las naturalezas más enérgicas. ¡Cuántos de los que fueron sus compañeros de extravagancia y de locuras concluyeron siendo pacíficos y morigerados padres de familia! Poco se puede esperar del hombre frío y calculador: mucho de quien tenía tanto caudal de sentimiento. Por eso Espronceda es para todos un poeta malogrado: los unos esperaban mayores frutos de su musa revolucionaria y turbulenta; los otros, esa evolución del alma desengañada hacia los ideales de la infancia. Aquéllos le dedicaron un recuerdo en el cuadragésimo aniversario de su muerte; éstos, una oración.»

El editor de la colección ordenada por Escosura fué al fin Eduardo Menjíbar; el mismo que editó el tomo III de los *Recuerdos del tiempo viejo*, de Zorrilla.

poeta maduro y experimentado, y análoga en su comienzo a la versión de Cristóbal de Mesa. Más fácil es que le pertenezca el soneto, aunque su tono disuena también del de un joven. De ser suyas ambas composiciones, seguramente las hubiera incluido en la primera edición de sus *Poesías*, con tanta o más razón que los fragmentos del *Pelayo*.

En el tomo XVII de la *Revue Hispanique*, correspondiente al año 1907, publicó Mr. Philip H. Churchman la tragedia de Espronceda *Blanca de Borbón*, y a continuación varias cartas y poesías inéditas. Tomaba Churchman estos trabajos de los manuscritos de Espronceda existentes en la Biblioteca Nacional de Madrid y en el British Museum de Londres. Encabezaba las cartas con los números I a IV; las poesías, con los números V a XIV, en la forma siguiente:

- V. Las quejas de su amor (*Bellísima parece...*)
- VI. La entrada del invierno en Londres (*Reina tu lobreguez, invierno rudo...*)
- VII. Carta a Albino Cortés (*Goza, Albino mío...*).
- VIII. A la Luna (*Salve tranquila, plateada luna...*).
- IX. A. *Entre las flores hermosas...*
 B. J.ⁿ de Encina (*Ay triste, que vengo...*).
 C. Cantarcillo de un libro Ms. (*En la peña y sobre la peña...*)
 D. *Pues le ha de sanar...*
 E. Cantarcillo (*De los tus amores...*).
- X. El paladín cautivo (*La luna en mitad del cielo...*).
- XI. *Suave es tu sonrisa, amada mía...*
- XII. *Un vago, indefinible sentimiento...*
- XIII. Dido y Eneas.
- XIV. *Cuando la vez primera de mis ojos...*

Algunos años después, en el tomo LVI de la misma *Revue Hispanique* (1922), A. Lenz publicó un artículo titulado *Contribution à l'étude d'Espronceda*. En él hacía saber Lenz que las cinco poesías comprendidas bajo el número IX, no eran de Espronceda. La primera, A, pertenecía a Cristóbal de Castillejo; la segunda, B, era un villancico de Juan del Encina, por lo cual no sin razón llevaba el nombre de éste; la tercera, C, era un cantarillo conservado en un códice de la Biblioteca Nacional de París; la cuarta, D, era un antiguo villancico anónimo; la quinta, E, era un cantarillo, también anónimo y también antiguo. Es muy cierto que estas poesías se encuentran en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid, escritas de puño y letra de Espronceda; pero es porque el autor de *El Diablo Mundo* tuvo en cierta ocasión la idea, por razones difíciles de adivinar, de copiarlas de la *Poética* de Martínez de la Rosa, en cuyas *Anotaciones* figuran.

Agreguemos ahora alguna otra cosa respecto a las demás poesías publicadas por Churchman.

Bellísima parece... (núm. V). Estaba ya publicada, como hemos visto. Es la titulada *Las quejas de su amor*, que apareció primero en *La América* y luego en las *Páginas olvidadas*. La copia que hay en la Biblioteca Nacional es autógrafa.

La entrada del invierno en Londres (núm. VI). Indudablemente de Espronceda. El manuscrito de la Biblioteca Nacional es de otra letra, pero tiene correcciones autógrafas. No afecta a la autenticidad, aunque sea inexplicable, lo que dice una nota al pie de la poesía: «El

ciudadano José de Espronceda, autor de la anterior composición, se la presenta al ciudadano Balbino Cortés—Londres, 1.º de enero de 1827, 4.º año de la venta de la libertad Española.» Espronceda emigró a Portugal en el año 1826, y en un documento de la Intendencia General de la Policía portuguesa, fecha 14 de agosto de 1827 (53) se decía que él y don Casimiro Cañedo «se acham presos», y el 24 del mismo mes el poeta escribía a sus padres una carta fechada en Lisboa (54). ¿Cómo, pues, había de estar en Londres el 1.º de enero? No cabe sino suponer que esa nota es muy posterior, y que el que la puso recordó mal la fecha. Acaso se trataba del 1.º de enero de 1829, en que positivamente estaba Espronceda en Londres.

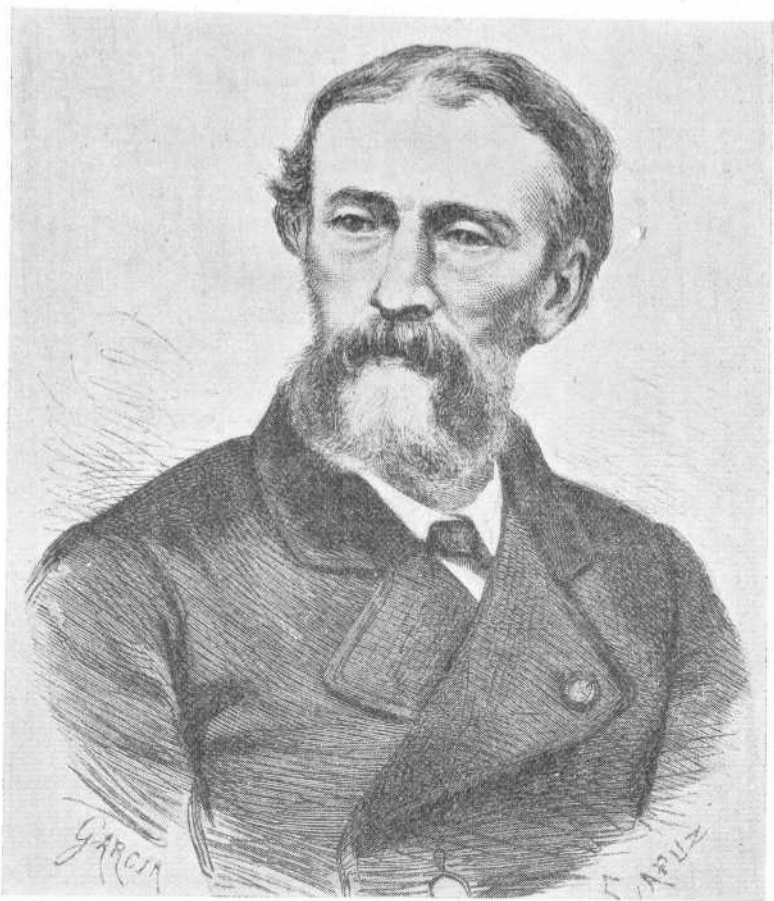
A Balbino Cortés (núm. VII). El manuscrito de la Biblioteca Nacional es autógrafo. A lápiz, y de otra letra, lleva la siguiente nota: *Londres 1828.—de José Espronceda*. Es poesía auténtica, naturalmente.

A la Luna (núm. VIII). El manuscrito de la Biblioteca Nacional es también autógrafo, y la poesía debe tenerse por auténtica.

El paladín cautivo (núm. X). Ni el manuscrito de la Biblioteca Nacional es autógrafo, ni la poesía es de Espronceda. A la terminación—Churchman lo hace constar, aunque prescindida luego del hecho—, dice así: «*Eugenio Ochoa.—París, 1830.*» Efectivamente, la poesía es de Eugenio de Ochoa, que con el título de *El Cautivo* la incluyó en su libro de versos *Ecos del alma* (París, 1841). Y como en este libro la poesía ofrece variantes, respecto

(53) Cascales, ob. cit., pág. 322.

(54) Cascales, ob. cit., pág. 83.



D. Eugenio de Ochoa

al texto publicado por Churchman, la transcribo a continuación:

La luna en mitad del cielo
vivo rayo destellaba,
que en las torres se quebraba
del castillo de Alíatar.
En él un noble cristiano
tres años ha prisionero,
con acento lastimero
así comienza a cantar.

¡Salve, oh luna plateada,
hechizo del alma mía!
¡Cuán dulce melancolía
da tu vista al corazón!
¡Oh cuánto, ahora que el mundo
en sueño sumido yace,
tu bella luz me complace
cuando raya en mi prisión!

Aquí en la flor de mi vida,
vivo apartado del mundo:
tú, mi infortunio profundo
logras sólo mitigar.
Oigo por toda armonía
de los vientos el silbido,
y el monótono bramido
de las ondas de la mar.

¡Oh silencio de la noche!
¡Oh consuelo de mi alma!
¡Cuánto es más dulce tu calma
que del sol el resplandor!
¡Cuántas veces, luna hermosa,
me viste en mi patria amada,
a los pies de mi adorada
jurándole eterno amor!

Y cuántas con mis soldados
 en el real campamento,
 después que al Moro sangriento
 rindió mi lanza en la lid;
 o volviendo de las justas,
 donde, sediento de gloria,
 el laurel de la victoria
 ceñí, dichoso adalid.

¡Oh mi Elvira, quien pudiera
 respirar donde respiras!
 ¡Venturoso el que tú miras
 con tu dulce sonreír!
 Tal vez ora te lamentas
 solitaria y sin consuelo,
 y tus quejas oye el cielo
 y mi nombre repetir.

Pienso aun ver aquellos días
 cuando, en brillantes torneos,
 estandartes y trofeos
 ponía ufaño a tus pies:
 y aun me figuro que el lauro
 por tí en mi frente relumbra,
 y herido del sol deslumbra,
 el resplanor de mi arnés.

¡Ilusiones! Vanamente
 con vosotras me recreo,
 que en derredor sólo veo
 cadenas, luto y horror.
 Volad de mí para siempre,
 esperanzas de consuelo:
 no ya me quede en mi duelo
 ni aun memoria de mi amor.

¡Mas no! Volved presurosas:
 eternas sed en mi mente,
 y de mi pena inclemente

los rigores mitigad:
 que sólo el dulce recuerdo
 de la pasada ventura,
 puede calmar la amargura
 de una larga soledad! (55)

Suave es tu sonrisa, amada mía (XI). Son tres estancias, parte, sin duda, de una composición más extensa. Hállanse, dice Churchman, en el códice del British Museum que contiene el manuscrito de la tragedia *Blanca de Borbón*. Debemos, pues, creerlas de Espronceda.

Un vago, indefinible sentimiento (XII). De Espronceda. Autógrafo en la Biblioteca Nacional.

Dido y Eneas. Fragmento de un poema obscuro, escrito en colaboración por Espronceda y Miguel de los Santos Alvarez. No se trata de ningún cuentecillo verde, mejor o peor adobado con rasgos de ingenio, sino de un engendro grosero, indigno de sus autores (56). Después del verso 23 (*nacían flores por el campo echadas*) hay una nota, de letra diferente, que dice así: «(hasta aquí es de

(55) Eugenio de Ochoa es uno de los muchos escritores a quienes tenemos injustamente olvidados, y que debe atraer la atención de investigadores y críticos, más que por sus versos, por la intervención que tuvo en los orígenes del romanticismo español y en la cultura literaria de su tiempo.

No sé qué fundamento podrán tener las siguientes palabras: «El famoso Miñano, a pesar de ser abate, tuvo varios hijos y murió protestante. Uno de los hijos fué don Eugenio de Ochoa...» (Miguel Pérez Ferrero: *Pío Baroja en su rincón*, pág. 19). Consta que don Eugenio de Ochoa nació en Lezo el 19 de Abril de 1815, y que fueron sus padres don Mateo de Ochoa, natural de Jaén, y doña Agustina Montel.

(56) Después de impreso por Churchman en la *Revue Hispanique*, le publicó Cascales en *El auténtico Espronceda pornográfico y el apócrifo en general*.

puño y letra de Espronceda); y a continuación: «desde aquí de puño y letra de Miguel de los Santos Alvarez.» Es precisamente todo lo contrario. Los 23 primeros versos son de Alvarez y los restantes—los más desvergonzados, por cierto—, de Espronceda.

A la terminación hay un soneto, y en él la siguiente nota marginal, con una desacertada tachadura: «Autógrafo, de puño y letra estos 14 versos de José Espronceda, y los restantes de Miguel de los Santos Alvarez.» También aquí hay error. El soneto es de Alvarez, y los restantes versos—tres quintillas—, de Espronceda.

Cuando la vez primera de mis ojos (XIV). Es una sola octava bermudina, autógrafa en la Biblioteca Nacional, e indudablemente de Espronceda.

Con lo dicho queda deslindada la labor poética de Espronceda, y puestas en claro las atribuciones falsas o dudosas que los editores han hecho (57).

Nada será necesario decir de *La desesperación*, *El arrepentimiento*, *La mujer* y *La creación*, que insistentemente se le han atribuido. Está demostrado que *El arrepentimiento* es de Juan Rico y Amat (58); *La deses-*

(57) Agreguemos como auténtico un epitafio a Pablo Iglesias, que publicó Rodríguez Solís (*Espronceda*, pág. 153).

Don José Cascales, en su edición de las *Obras poéticas* de Espronceda, dió entrada a todas las citadas poesías apócrifas y aun a alguna más. Cascales, hombre bondadosísimo, cuya amistad recordaré siempre con cariño, fué quien mayor y más interesante número de datos aportó a la biografía de Espronceda; pero al coleccionar las poesías pecó de ligero.

(58) Hurtado y González Palencia: *Historia de la Literatura española*, 4.ª edición, pág. 856.

peración, de un poetastro anónimo; *La mujer*, de Félix Pizcueta; y *La creación*, de Manuel del Palacio (59).



DESDE que el conde de Toreno formuló sobre Espronceda el juicio que tan violenta réplica obtuvo en el canto I de *El Diablo Mundo*—no tan violenta como los versos que al mismo conde dedicó Martínez Villergas en *El Baile de Piñata*—, ha parecido obligado hablar siempre de los *modelos* del poeta extremeño. Ya se van poniendo, sin embargo, las cosas en su punto. «Fué injusticia notoria—escribía Menéndez y Pelayo—aquella frase del Conde de Toreno, de la cual tan amargamente y con igual iniquidad tomó represalias el poeta. Preguntaban al Conde si había leído a Espronceda, y él respondió: «No, pero he leído a Lord Byron.» Injusticia no perdonable, repito, porque si pueden señalarse en las obras de Espronceda dos docenas de versos, más o menos próximos a los del lord inglés, y además cierta semejanza general de fisonomía, ésta es la que existe entre hermanos, que se parecen por el aire de familia, sin confundirse, no obstante: *Facies*

(59) Cascales: *El auténtico Espronceda pornográfico y el apócrifo en general*, pág. 49-60.

non omnibus una, nec diversa tamen; como se parece a Byron Alfredo de Musset, hasta cuando es más original; como se parecen todos los poetas que han sentido los estragos de la enfermedad moral del siglo, de la enfermedad de *Werther* y de *René* (60).

Esa es la verdad pura. Son las semejanzas que pueden encontrarse entre tantos y tantos poetas y prosistas, bien por coincidencia, bien porque, en efecto, unos hayan recibido cierta influencia de otros; pero sin que ello menoscabe los merecimientos de ninguno en particular ni se acerque remotamente al plagio o la servil imitación. Si otra cosa fuera, ¡adiós reputación de Virgilio, Horacio, Garcilaso y Fray Luis!

Quienes más minuciosa y cuidadosamente han estudiado las fuentes de Espronceda, han sido Philip H. Churchman y Geoffrey Brereton (61). Ese análisis, que pudiera haber acarreado consecuencias adversas al autor de *El Diablo Mundo*, es precisamente la demostración más palmaria de que el poeta español nada tiene que agradecer a los demás.

(60) *Nuestro Siglo...*, por Otto von Leixner. Traducción del alemán, revisada y anotada por don Marcelino Menéndez Pelayo, pág. 296.

Puede verse sobre este punto Luisa Banal: *Il pessimismo di Espronceda e alcuni rapporti col pensiero de Leopardi* (en *Revisia Critica Hispano-Americana*, t. IV, pág. 89).

Véase también: A. Bonilla y San Martín, *El pensamiento de Espronceda*, en *La España Moderna*, 1908; Ernest H. Templin: *The Romantic Nostalgia of José de Espronceda*, en *Hispania* de febrero 1930; Guillermo Díaz-Plaja: *Introducción al estudio del romanticismo español*, 1936.

(61) Churchman: *Byron and Espronceda*, en *Revue Hispanique*, t. XX (1909); *Espronceda, Byron and Ossian*, en *Modern Language Notes*, enero 1908; Brereton: *Quelques précisions sur les sources d'Espronceda*, París, 1933.

En *El Diablo Mundo*, el héroe, como *Fausto*, rejuvenece por medios sobrenaturales, y como *L'Ingenu*, de Voltaire, es un hombre-niño que choca con la realidad y se forma de ella un concepto especial. Es seguro que Espronceda conoció el poema de Goethe, y no tan seguro que conociera *L'Ingenu* (62). Ni Goethe ni Voltaire, sin embargo, fueron los únicos que utilizaron aquellos recursos, secundarios en el poema de Espronceda.

Respecto a los elementos que éste tomó del *Don Juan*, de lord Byron, trató largamente Churchman, en el lugar citado. De su largo trabajo en la *Revue Hispanique*, el mismo Churchman resumió los puntos principales en las siguientes palabras: «En *El Diablo Mundo* ha copiado Espronceda no sólo el espíritu del *Don Juan*, sino también muchos detalles, como decir, por ejemplo, que tal palabra no cuadra bien en la rima, citar a Aristóteles como modelo

(62) P. de la Escosura, *Tres poetas contemporáneos*; Valera, continuación a la *Historia de España* de Lafuente, t. XXII, página 328; A. Castro, *Acercas de «El Diablo Mundo» de Espronceda*, en *Revista de Filología Española*, 1920, pág. 374; prólogo a *El Diablo Mundo* en *Clásicos Castellanos*, pág. 50.

Escosura, que fué quien antes que nadie llamó la atención hacia *L'Ingenu*, se limitó a decir lo siguiente: «Pero ¿qué es, qué significa, qué prueba el *Adán* de Espronceda en *El Diablo Mundo*? Si ese hombre entra en su nueva vida sin recordar siquiera que otra tuvo, ¿de qué le sirve haberla tenido? ¿Por qué negarle lo que, pródiga y lógica, la naturaleza concede, no sólo al hombre, sino a los animales todos: padres que los críen, y con su ejemplo, cuando menos, a vivir les enseñen? Si eso se hizo para buscar el contraste directo y brusco entre la naturaleza humana, en su estado más inculto, y la civilización, en su inmoralidad más profunda, sin acudir a prodigio alguno hubiera podido lograrse: un salvaje cualquiera, como el *Ingenuo* de Voltaire, por ejemplo, hubiera llenado los fines del autor.»

El dar Espronceda a *Adán*, más bien como genérico, el nombre de *Hércules*, pudo ser una reminiscencia de *El Ingenuo*, sin trascendencia ninguna; pero pudo ser también, y eso parece realmente, una casualidad.

de su arte, explicar en broma cuáles son las fuentes de sus poemas, y cuál su objeto, muy moral, bosquejar el poema épico que va a describir, despedirse del lector al final de un canto y suplicarle que compre la obra. Como pruebas más concluyentes de la influencia de Byron se pueden citar los trozos en que los dos poetas citan a Horacio y se quejan de sus canas a los treinta años (*Don Juan*, 1212 sg., *Diablo Mundo*, III), donde se quejan de la vanidad de la vida y citan a Platón y a los frailes (*Don Juan*, VII, 1 sg. y *Diablo Mundo* III); donde se burlan de la ambición al decir que acabarán por tener algún busto mal hecho (*Don Juan*, I, 217 sg. y *Diablo Mundo* I), y donde hablan de la importancia relativa del amor en la vida del hombre y en la de la mujer (*Don Juan*, I, 194 y *Diablo Mundo* V)) (63).

Tales rasgos de humorismo, son efectivamente, los que caracterizan la Musa irónica de lord Byron, y que no sólo Espronceda, sino todos los seguidores del poeta inglés, procuraron imitar, ya que no copiar, como dice exageradamente Churchman. Léanse *Namouna*, *Rolla*, *Une bonne fortune* y otras composiciones de Musset, y se encontrarán otros análogos, ya que no los mismos. Antes de ahora he hecho notar (64), sin que por ello tratara de deducir consecuencias desfavorables a Espronceda, que en *El Diablo Mundo* se observan algunas reminiscencias de *Namouna*. Puestos a buscar precedentes al Adán de Espronceda, ¿no ofrece puntos de contacto con el Hassan de *Namouna*? Y

(63) Facilitó Churchman este resumen a don José Cascales, obra cit., 244.

(64) *Anotaciones literarias*, pág. 100.

el mismo Musset, convencido de que habían de encontrarle semejanzas con Byron, se curaba en salud, diciendo:

Byron, me direz-vous, m'a servi de modèle.
Vous ne savez donc pas qu'il imitait Pulci?

Es evidente que al escribir la introducción de su poema, Espronceda conocía los *Djinns*, de Víctor Hugo. Los fantasmas de Espronceda surgen en el silencio de la noche y avanzan como torbellinos, de igual modo que los *jinn*s:

Dans la plaine
Naît un bruit.
C'est l'haleine
De la nuit (65).

Mas no en otra forma concebiría cualquier poeta la aparición y desfile de trasgos y fantasmas, sin que en la

(65) Merece conocerse la primorosa traducción castellana de los *Djinns*, hecha por el poeta guatemalteco Domingo Estrada, y que empieza así:

Es noche
velada,
profunda,
callada...
no se oyen
ruidos
la calma
turbar;
no tienen
acentos
las olas,
los vientos:
parecen
dormidos
el campo
y la mar.

manera de hacerlo supere Víctor Hugo a Espronceda, ni mucho menos. Nada digamos, por pertenecer a ese género de semejanzas que se encuentran donde se quiera poner la mano, de las que se han señalado entre los versos 156-588 de la misma introducción y el *Manfredo* de Byron.

En *El estudiante de Salamanca* no han querido los críticos encontrar muchas imitaciones. Casi se han limitado a decir que la carta de Elvira a don Félix procede de la escrita por Julia a don Juan en el poema de Byron; pero han debido añadir que ésta a su vez guarda estrechas relaciones con la *Epístola de Eloísa a Abelardo*, de Pope, y que todas tienen su remoto y natural precedente en las *Heroidas* de Ovidio.

No falta quien haya encontrado analogías entre el cuadro dramático de la parte tercera ¡y los sainetes de don Ramón de la Cruz! Se les ha escapado, en cambio, otra con el *Fausto*, de Goethe, verdaderamente obvia. En el *Fausto*, éste mata en desafío a Valentín, hermano de Margarita, como en *El estudiante de Salamanca* don Félix da muerte a don Diego de Pastrana, hermano de Elvira.

También sobre las fuentes de las canciones esproncedianas (el *Pirata*, el *Cosaco*, el *Mendigo*, el *Reo de muerte*, el *Verdugo*) se han aventurado diversas conjeturas. Sin embargo, quien señaló ya el impulso inicial de todas ellas fué Enrique Gil y Carrasco, cuando, a raíz de publicadas las *Poesías* de Espronceda, dedicó a su estudio dos artículos críticos en el *Semanario Pintoresco Español* (66). He aquí lo que decía:

«No son nuevas fuera de España las canciones popu-

(66) *Semanario Pintoresco Español* de 12 y 19 julio 1940.

lares, así como dentro de ella los romances del mismo género forman una de las más ricas minas de su literatura. Sin embargo, nadie negará a Béranger la gloria de haber levantado y ennoblecido en la nación cercana este linaje de poesía, que gracias a su genio, vibra en el día con todos los tonos del sentimiento, y presenta sus más fugaces y delicados matices. La revolución que de este modo ha logrado introducir en el arte, es inmensa en nuestro juicio, pues lo ha convertido en instrumento de cultura, de moralidad y de enseñanza. ¡Rara transformación! La poesía que en los últimos tiempos había llegado a ser el patrimonio de las clases instruídas y acomodadas, ha bajado con la musa de Béranger, semejante a un nuevo evangelio, a la oscura vivienda del pobre, y ha tomado a su cargo con generoso empeño el enjugar lágrimas desconocidas y curar llagas ocultas y acaso despreciadas. El día que tal hizo acertó a labrarse un porvenir de gloria, reconquistó sus perdidos fueros, y pudo con razón prometerse que cualesquiera que fuesen los yerros y trastornos de la humanidad, su influjo nunca dejaría de guiarla a manera de estrella benéfica.—Esta musa que se acercaba a la multitud desdichada y menesterosa, ya para consolarla, ya para alegrarse, ya para quejarse con ella, hubo de crearse una lengua que sus protegidos entendiesen. Semejante necesidad trajo consigo indispensables mudanzas en cuanto al tono o expresión de la poesía, y su lenguaje se ha hecho sencillo, noble y severo, no bastardo, chocarrero ni villanesco. De esta suerte ha ganado en gracia, naturalidad y vigor, al paso que su influencia y su carácter se han extendido y elevado.—A este género perte-

necen las canciones del Sr. Espronceda, que tenemos por una preciosa adquisición para nuestro Parnaso.»

Es indudable. Las canciones de Béranger indujeron a Espronceda a escribir las suyas; pero ¡qué diferencia entre unas y otras! Ya, respecto a una de ellas, lo decía Gil y Carrasco: «La canción del *Mendigo* se separa de todo punto de la de Béranger, pues lejos de rebosar como ella encono y amargura, lejos de poner crudamente el dedo sobre esta hedionda llaga de nuestra sociedad, se reduce a bosquejar la mendiguez descuidada, holgazana, indiferente y en cierto modo satisfecha con su vagamunda libertad y sus pocos envidiables goces.»

Don Antonio Ferrer del Río, que solía ser veraz con los defectos de sus propios amigos, tradujo varias canciones de Béranger y las publicó en *El Laberinto* (1844). Con antelación publicó la biografía de Béranger. Si Ferrer del Río hubiera creído que Espronceda vaciaba sus canciones en los moldes del poeta francés, lo hubiera hecho notar, y aun hubiera procurado que en sus traducciones resaltara la semejanza. Donde realmente la hay, como en el *Chant du Cosaque*, puede advertirse así:

Viens, mon coursier, noble ami du Cosaque,
Vole au signal des trompettes du Nord,
Prompt au pillage, intrépide à l'attaque,
Prête sous moi des ailes à la Mort;

versos iniciales que Ferrer del Río traduce de este modo:

Ven, corcel, noble amigo del cosaco,
de la trompa del Norte vuela al son;
pronto al saqueo, intrépido al ataque,
alas presta a la muerte en derredor.

Mas si esta influencia de Béranger es visible en el *Canto del Cosaco*, de Espronceda, la de Barbier es insignificante o nula.

En cuanto a la *Canción del Pirata*, se ha dicho repetidamente que procede de *El Corsario*, de Byron. En ello insiste Mr. Churchman. Por su parte, Brereton dice así: «Hay dos fuentes posibles de este poema: *The Corsair*, de Byron, poema narrativo en tres cantos, y *La frégate «la Serieuse» de Alfredo de Vigny.*» Y basta ver el estudio que a continuación hace Brereton, para venir una vez más a la conclusión de que, si tuviéramos siempre en cuenta esas relativas analogías de detalle entre temas semejantes, encontraríamos relaciones de dependencia entre todos los poetas habidos y por haber.

Entre *El mendigo*, de Espronceda, y *Les Gueux*, de Béranger, no hay el menor punto de contacto. Más parecido encuentro yo, aunque me libraré muy bien de establecer relaciones, entre unos versos de *Le vieux vagabond*, también de Béranger, y otros de *El mendigo*:

Oui, je meurs ici de vieillesse,
Parce qu'on ne meurt pas de faim.
J'espérais voir de ma détresse
L'hospital adoucir la fin.

Y un asilo donde quiera
y un lecho en el hospital
siempre hallaré, y un hoyo donde caiga
mi cuerpo miserable al espirar.

¿Qué necesidad tenía Espronceda de buscar en ningún poeta pensamientos tan vulgares como esos?

Por la misma razón no me pararé a demostrar la in-

consistencia de ciertas conjeturas sobre *El reo de muerte* y *El verdugo*. Ni el *Dernier Jour d'un Condamné*, de Víctor Hugo, ni las consideraciones de José de Maistre en *Soirées de Saint-Pétersbourg*, tienen nada que ver con aquellas canciones de Espronceda.

No acaban ahí las influencias que se descubren en Espronceda. La *Jerusalén libertada*, del Tasso; el *Sardanápalo* y las poesías *To Inez* y *Sun of the Sleepless*, de Byron; la *Enriada*, de Voltaire; los *Iambos*, de Barbier... Tal es la profusión de fuentes adjudicadas a Espronceda, que raya ya en lo chusco. De ahí a decir que el autor de *El Diablo Mundo* imitó a todo los poetas que emplearon en sus obras las palabras *diablo* y *mundo*, no hay más que un paso. Espronceda, como todo poeta, podría revelar quiénes fueron sus autores predilectos en la época de su formación; pero de eso a decir que los copió o calcó, va mucha diferencia. Y mal podría hacerlo quien no tenía nada que envidiar a nadie. Yo no titubeo en decir, con don Juan Valera, que «ni los ingleses tienen más derecho a calificar de *genio* a Lord Byron, ni los alemanes a Goethe, que a Espronceda nosotros.» ¿Esto es hipérbole? Perdónese entonces que el amor patrio haga conducir a ella.

FIN

INDICE DE RETRATOS

	<u>Pág.</u>
D. José de Espronceda.....	7
D. Luis González Brabo.....	11
D. Alberto Lista	15
D. José Zorrilla.. ..	37
D. Miguel de los Santos Alvarez	47
D. Patricio de la Escosura	57
D. Juan de la Pezuela, conde de Cheste	63
D. Antonio Ferrer del Río	69
D. Antonio Ros de Olano... ..	85
D. Eugenio de Ochoa.....	115

OBRAS DE NARCISO ALONSO CORTES

- LA MARTIR. *Leyenda*.—Valladolid, 1895.
FUTILES. *Poesías*.—Valladolid, 1897.
RENGLONCITOS. *Poesías*.—Valladolid, 1899.
CONDICIÓN JURÍDICA DEL EXTRANJERO EN LA EDAD MEDIA.—Valladolid, 1900.
UN PLEITO DE LOPE DE RUEDA.—*Nuevas noticias biográficas*.—Valladolid, 1902.
NOTICIAS DE UNA CORTE LITERARIA.—Valladolid, 1906.
ROMANCES POPULARES DE CASTILLA.—Valladolid, 1906.
ELEMENTOS DE PRECEPTIVA LITERARIA.—1.^a edición. Valladolid, 1907.—Luego otras varias.
RESUMEN DE HISTORIA DE LA LITERATURA.—1.^a edición. Valladolid, 1907.—Luego otras varias.
MODELOS LITERARIOS.—*Literatura española*.—1.^a edición. Santander, 1907.—Luego otras varias.
MODELOS LITERARIOS.—*Literaturas extranjeras*.—1.^a edición. Valladolid, 1907.—Luego otras varias.
BRIZNAS.—*Poesías*.—Valladolid, 1907.
ROMANCES SOBRE LA PARTIDA DE LA CORTE DE VALLADOLID EN 1606. (*Con notas aclaratorias*).—Valladolid, 1908.
LA CORTE DE FELIPE III EN VALLADOLID.—Valladolid, 1908.
JUAN MARTINEZ VILLER GAS. *Bosquejo biográfico-crítico*.—2.^a edición. Valladolid, 1913.
LA MIES DE HOGAÑO. *Poesías*.—Valladolid, 1911.
VIDA Y OBRAS DE CRISTOBAL SUAREZ DE FIGUEROA, por J. P. Wickersham Crawford. *Traducción del inglés, con notas*.—Valladolid, 1911.
MISCELÁNEA VALLISOLETANA. (*Primera serie*).—Valladolid, 1912.
DISCURSO DE RECEPCIÓN EN LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE VALLADOLID.—Valladolid, 1913.
LAS EROTICAS O AMATORIAS, de Don Esteban Manuel de Villegas. *Edición con prólogo y notas*.—2.^a edición. Madrid. *La Lectura*, 1941.
DON HERNANDO DE ACUÑA. *Noticias biográficas*.—Valladolid, 1913.

- ANTOLOGIA DE POETAS VALLISOLETANOS.—Valladolid, 1914.
- ARBOL AÑOSO. *Poesías*.—Valladolid, 1914.
- CANTARES POPULARES DE CASTILLA.—París, *Revue Hispanique*, 1914.
- EPISTOLARIO del P. Nieremberg. (*Edición con prólogo y notas*). 2.^a edición. Madrid, *La Lectura*, 1934.
- RELACION DEL BAUTISMO DE FELIPE IV. (*Reimpresión con prólogo*).—Valladolid, 1916.
- EL LICENCIADO VIDRIERA, de Cervantes. (*Edición con prólogo y notas*).—Valladolid, 1916.
- CASOS CERVANTINOS QUE TOCAN A VALLADOLID.—Madrid, 1916.
- VIEJO Y NUEVO. *Artículos varios*.—Valladolid, 1916.
- ESTE ERA UN PASTOR... (*Cuentecillos*).—Valladolid, 1916.
- LA FASTIGINIA, de Pinheiro da Veiga. (*Traducción del portugués, con notas*).—Valladolid, 1916.
- EL LINDO DON DIEGO y EL DESDEN CON EL DESDEN, de Moreto. (*Edición con prólogo y notas*).—2.^a edición. Madrid, *La Lectura*, 1926.
- ZORRILLA, SU VIDA Y SUS OBRAS.—Tomo I. Valladolid, 1917. Tomo II. Valladolid, 1919. Tomo III. Valladolid, 1920.
- VALLADOLID Y LA ARMADA INVENCIBLE.—Madrid, 1917.
- GRAMATICA ELEMENTAL DE LA LENGUA CASTELLANA. 1.^a edición. Valladolid, 1917.—Luego otras varias.
- EJERCICIOS GRAMATICALES.—1.^a edición. Valladolid, 1918. Luego otras varias.
- CERVANTES EN VALLADOLID.—Madrid, 1918.
- MISCELANEA VALLISOLETANA. (*Segunda serie*).—Valladolid, 1919.
- JORNADAS. (*Artículos varios*).—Valladolid, 1920.
- EL PRIMER TRADUCTOR ESPAÑOL DEL FALSO OSSIAN Y LOS VALLISOLETANOS DEL SIGLO XVIII. (*Discurso de apertura en el Ateneo*).—Valladolid, 1920.
- ROMANCES TRADICIONALES.—París, *Revue Hispanique*, 1920.
- EL FALSO «QUIJOTE» Y FRAY CRISTOBAL DE FONSECA. Valladolid, 1920.
- AMARANTO. *Comedia dramática en verso*.—2.^a edición. Valladolid, 1921.
- MISCELANEA VALLISOLETANA. (*Tercera serie*).—Valladolid, 1921.
- EL AMOR MEDICO, de Molière. (*Traducción castellana*).—Valladolid, 1922.
- DATOS PARA LA BIOGRAFIA ARTISTICA DE LOS SIGLOS XVI y XVII.—Madrid, 1922.
- INDICE DE DOCUMENTOS UTILES A LA BIOGRAFIA.—Santander, 1922.
- ANOTACIONES LITERARIAS.—Valladolid, 1922.

- FABULAS CASTELLANAS (*Selección de los mejores autores*).
Valladolid, 1923.
- LITERATURA ELEMENTAL.—Valladolid, 1923.
- EL TEATRO EN VALLADOLID.—Madrid, 1923.
- REPRESENTACIONES POPULARES.—Paris, *Revue Hispanique*, 1924.
- POESIAS, de Zorrilla. (*Edición con prólogo y notas*).—Madrid, *La Lectura*, 1925.
- MISCELANEA VALLISOLETANA. (*Cuarta serie*).—Valladolid, 1926.
- PLEITOS Y PLEITISTAS.—Valladolid, 1927.
- POESIAS, de Quintana. (*Edición con prólogo y notas*).—Madrid, *La Lectura*, 1927.
- LA MUERTE DEL CONDE DE VILLAMEDIANA.—Valladolid, 1928.
- MUERETE ¡Y VERAS! y EL PELO DE LA DEHESA, de Bretón de los Herreros. (*Edición con prólogo y notas*).—Madrid, *La Lectura*, 1929.
- QUEVEDO EN EL TEATRO Y OTRAS COSAS.—Valladolid, 1930.
- MISCELANEA VALLISOLETANA. (*Quinta serie*).—Valladolid, 1930.
- LOS AMORES DE GUTIERRE DE CETINA Y SU FAMOSO MADRIGAL. (En colaboración con Eugenio Mele).—Valladolid, 1930.
- POESIAS JUVENILES DE DON MANUEL JOSE QUINTANA. 1788. (*Reimpresión con prólogo*).—Madrid, 1933.
- HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA.—4.^a edición. Valladolid, 1939.
- ARTICULOS HISTORICO-LITERARIOS.—Valladolid, 1935.
- SUMANDOS BIOGRAFICOS.—Valladolid, 1939.
- EL PRONOMBRE «SE» Y LA VOZ PASIVA CASTELLANA. Valladolid, 1939.
- MANUAL DE COMPOSICION LITERARIA.—Valladolid, 1939.
- MISCELANEA VALLISOLETANA. (*Sexta serie*). *Los cofrades de Nuestra Señora de Esgueva*.—Valladolid, 1940.
- BOSQUEJO DE HISTORIA GENERAL DE LA LITERATURA. Valladolid, 1941.

DE PROXIMA PUBLICACION

- MISCELANEA VALLISOLETANA. (*Séptima serie*).
DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.
VITAL AZA Y LA COMEDIA DE SU TIEMPO.

7 pesetas



Impreso en España

G 44787

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
ALONSO CORTES